

S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A

AÑO I

MADRID, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1942

NÚM. 39



BARCELONA

EN este número, dedicado a la capital catalana con motivo de la celebración de su X Feria Internacional de Muestras, colaboran los escritores que se relacionan en el siguiente

SUMARIO

Varia fortuna de la gran ciudad, por Eugenio Montes. Página 3.
La ciudad de Ulises, por Eugenio Nadal. Página 4.
Carta abierta al alcalde de Barcelona, por José Plá. Página 5.
Barcelona de espaldas al mar, por Santiago Nadal. Página 6.
El sentido de la epopeya en las grandes crónicas catalanas, por Martín de Riquer. Página 7.

Glosa arquitectónica y urbanística de Barcelona, por Alvaro Ruibal. Pág. 8.
La tumultuosa Barcelona, por Manuel Brunet. Página 9.
La X Feria de Muestras de Barcelona, por Miguel del Puerto. Páginas 10 y 11.
Lo que hay que ver detrás de la Feria, por Jaime Ruiz Manent. Página 12.
Barcelona, constante puerta de Europa, por Carlos Sentís. Página 13.
La ciudad fecundante y fecundada, por Luis de Galinsoga. Página 14.
La Tradición hacia la unidad en Cataluña, por José Bernabé Oliva. Página 15.
Estampa de Liberación, por Manuel Vela Jiménez. Página 16.
La segunda liberación de Barcelona, por Jorge Claramunt. Página 17.
Antología de Franco en Cataluña, por Luis Fontes de Albornoz. Página 19.
Barcelona y el mar, por Luys Santa Marina. Página 20.
Ilustraciones de Opisso, José María Serrano, Serny, Gabriel y Tauler.

BANCO HISPANO COLONIAL

FUNDADO EN 1876

CASA CENTRAL:

Rambla Estudios, núm. 1 - BARCELONA

CAPITAL Y RESERVAS:

Pesetas 51.856.675,75

II Agencias Urbanas en Barcelona
100 Sucursales y Delegaciones en
Cataluña y Aragón (provincias de
Barcelona, Gerona, Lérida, Tarra-
gona, Zaragoza y Teruel)

Organización completa de corresponsales
bancarios en toda España y en las princi-
pales plazas del extranjero

EFFECTUA TODA CLASE DE OPERACIONES
DE BANCA Y BELSA



REDACCION.
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

Larra, núm. 8 -- Te'éfono 32610

La refinería metalúrgica **JAIME GUARDIA**, de Barce-
lona--Piqué, 37 y 39--, presenta en su stand 309 de
la Feria de Barcelona las nuevas aleaciones **GUDAL**

Muestras de piezas fundidas, de delicada factura, fabricadas con
GUDAL, ya sea en arena, coquilla o a presión, e iguales a otras
muchas que ya están en pleno uso, atestiguan los sorprendentes re-
sultados y eficacia del metal GUDAL en gran número de aplicacio-
nes. Desde adornos a campanas y de grifos a cojinetes de ejes,
gran variedad de artículos pueden fabricarse con el metal GUDAL

Es motivo de orgullo para la industria nacional esta
nueva producción, protegida por varias patentes y
puesta a punto y fabricada por una Casa que cuen-
ta con más de medio siglo de existencia.

PRODUCTOS A. R. P. A.

Presenta en la Feria de
Muestras de Barcelona
sus productos alimentici-
cios de nueva creación,
entre los que destacan: GRASA COMESTIBLE VEGETAL BLANCA, a base de
almendras y avellanas, para toda clase de usos de cocina y repostería, LECHE
VEGETAL ARPA, condensada científicamente, análoga a la leche animal, con
grandes ventajas para la nutrición en las personas de naturaleza delicada, y
LECITINAS VEGETALES, fabricadas por primera vez en España (antes se
importaban de Holanda y Dinamarca)

— Anónima Reusense de Preparados Alimenticios —
Fábrica REUS.—Delegación en Barcelona: Pl. Urquinaona, 11, 1.º.—Tel. 21453

EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA PROPULSOR DE LA FERIA DE MUESTRAS

Esta gran manifestación mercantil e
industrial, donde la técnica y el genio
del hombre se manifestó de forma tan
admirable, ha podido organizarse gra-
cias al Ayuntamiento de Barcelona.

El Comité directivo de la Feria Inter-
nacional de Barcelona deseaba reanudar
estas manifestaciones. Tenía autoriza-
ción del ministerio de Industria y Co-
mercio. Pero necesitaba un capital de
primer establecimiento.

Su Caja estaba exhausta y la horda
había malversado su dinero. ¿Qué ha-
cer? El Ayuntamiento de Barcelona es-
ta formado por hombres que sienten la
España nueva y llevan en su corazón
la palabra "Arriba".

La Corporación municipal acogió de
nuevo benevolamente al Comité de la
Feria.

A la primera reunión, celebrada en el
Salón de las Crónicas, del Palacio Mu-
nicipal, asistían dos representantes del
Concejo: el teniente de alcalde D. Aure-
lio Joaniquer, Consejero Nacional, y el
concejal D. Domingo Castellar, y en
aquella sesión, por boca de sus represen-
tantes, prometió no desatender una ma-
nifestación de trabajo, cultura y pro-
greso científico tan interesante.

Y en efecto, a los pocos días se pre-
sentaba una petición solicitando la ce-
sión de uno de los Palacios de Mont-
juich, convertido en centro de reunio-
nes para la celebración de la Feria.

El Ayuntamiento contestó cediendo
dos Palacios de los más espaciosos por
un período de veinte años, sin pago de
canon alguno y sin participar en los in-
gresos.

Sólo tenía el Comité de la Feria la
obligación de reconstruir y conservar los
edificios.

Empezó entonces el calvario del Co-
mité de Feria. Acudió a los Bancos pa-
ra gestionar la obtención de un prés-

tamo. Reparos, objeciones, dilaciones,
garantías; todo un cúmulo de inconve-
nientes; sobre todo la pérdida de casi
un año para dar una negativa termi-
nante.

La Banca fué en este caso mlope; te-
mía un fracaso rotundo, no confiaba en
cobrar el interés de la suma desembol-
sada y se limitó a burlar los buenos
propósitos de los organizadores.

Anunciada en Madrid la celebración de
la Feria en magna reunión, a la cual
asistieron todos los embajadores de pa-
íses extranjeros, presididos por el Nun-
cio de Su Santidad, la negativa de la
Banca revestía una gravedad extraordi-
naria. El prestigio de Barcelona estaba
en juego; las ferias del Nacional de
Barcelona, que había celebrado ya nue-
ve manifestaciones, dejaba de existir.

Entonces el Ayuntamiento sintióse co-
mo nunca representante de la ciudad,
tutor y amparador de sus intereses, en-
carnación de su decoro y prestigio mer-
cantil, y tomó la empresa por su cuenta.

Barcelona, la Reina del Mediterráneo,
la Ciudad Emporio industrial y mercan-
til de España, la sucesora de aquellos
mercaderes que anduvieron por todas las
mediterráneas imponiendo las leyes de
su Consulado del mar, que llegaba has-
ta el Helesponto, Sidón, Tiro y Alejan-
dría para ejercer el intercambio de mer-
cancías que recogían Trevisonda y Ti-
flis.

Los cueros se bajaban de Tartaria y
Moscovia, en Constantinopla y Alejan-
dría; estofas de seda y las especias que
venían de Oriente para llevarse a pri-
mero, a Barcelona, Valencia, Sevilla y
Bilbao e intercambiárlas luego con los
productos de la Liga Hanseática (Bre-
men, Hamburgo, Amsterdam), no podía
permitir tan triste papel. Y no lo ha
permitido el Ayuntamiento, sino que ha
hecho de la celebración de las Ferias una

cuestión de amor propio y de dignidad.

Las Ferias de Barcelona han sido las
mejores celebradas en Europa durante
la guerra. Instaladas en un ambiente
majestuoso y único, entre surtidores e
iluminaciones fantásticas, los palacios
los ha reconstruido y dispuesto el Ayun-
tamiento como por arte de magia. En dos
meses ha surgido todo de la nada. El
Pabellón Marroquí se ha construido en
veinte días justos, con sus patios de
azulejos, sus fuentes y sus minaretes,
donde la Alta Comisaria exhibe lo más
saliente de la artesanía musulmana.

Se han salvado las dificultades para
la adquisición de materiales. El alcal-
de de Barcelona fué durante cuarenta
días un intermediario eficazísimo para
lograr cables eléctricos, cementos, tu-
berías... Aquello era Babilonia; mil obre-
ros trabajaban día y noche; pero el mi-
lagro se hizo, y la fuerza creadora de
Barcelona, el genio improvisador de Es-
paña se manifestaban una vez más. Los
españoles y extranjeros han correspon-
dido con creces a este esfuerzo de tra-
bajo y a esta manifestación del progre-
so y comunicación entre los pueblos en
forma insospechada. Los palacios que
circundan la Plaza del Universo han si-
do insuficientes, y los feriantes han des-
bordado los espacios libres. Los países
extranjeros han concurrido con exhibi-
ciones magníficas, bajo el punto de vi-
sta científico e industrial. Aparte de las
instalaciones oficiales de Alemania, Ita-
lia, Francia, Rumania, Manchukuo y
Suiza, hay también otras instalaciones
particulares como la del Protectorado de
Bohemia y Moravia, de Grecia, etc.

Los visitantes a la Feria de Barcelo-
na alcanzan ya la cifra de medio millón.
Barcelona rebosa animación. Los hote-
les están atestados, la ciudad se entu-
siasma, las instalaciones de la Feria tie-
nen un gran valor pedagógico, alumbran

caminos nuevos, estimulan el ingenio
humano, mejoran la producción y con-
stituyen un acicate para la economía es-
pañola en la Feria, además de demos-
trar un empuje alentador insospechado.

El Ayuntamiento de Barcelona no ha
escatimado esfuerzos para llevar ade-
lante la empresa, y el éxito le pertenece
enteramente. Tal vez aquellos que des-
confiaban de reembolesarse del interés de
un préstamo, al ver que los ingresos por
entrada únicamente se aproximan al mi-
llón de pesetas, sentirán cierto remor-
dimiento.

No sería justo que terminásemos este
artículo sin hacer una mención especial
del Comité de la Feria, y de un modo
concreto del alcalde de la ciudad, don
Miguel Matéu, patriótico barcelonés, que
patrocinó esta empresa en todo momen-
to; el teniente de alcalde, D. Ignacio
Ventosa, bajo cuya dirección se cons-
truyeron los palacios en dos meses, y el
primer teniente de alcalde, Consejero
Nacional, camarada Aurelio Joaniquer,
quien, como delegado de la Corporación
Municipal en el Comité Ejecutivo y Di-
rectivo de la Feria, ha dado a ésta una
nueva estructuración que ha salvado to-
das las dificultades técnicas y prácticas
que se han presentado en dos meses,
para coronar la empresa con un triun-
fo rotundo, pensando únicamente en Es-
paña.

España debe al Ayuntamiento barce-
lonés esta manifestación de su vitalidad
y pujanza que han admirado las nacio-
nes extranjeras concurrentes a la Feria.
El que visita el certamen, al ver que
aquella manifestación industrial y mer-
cantil se ha realizado en dos meses, for-
zosamente ha de pensar que nuestro país
tiene una fuerza de improvisación y un
caudal de energía creadora tal que, den-
tro de la unidad y el orden, nos reserva
grandes triunfos.

VARIA FORTUNA DE LA GRAN CIUDAD

Por EUGENIO MONTES

(De la Real Academia Española)

Lo que más asombra de la Historia española es que haya podido realizarse sin ciudades. Porque la Historia es, por su propia esencia, criatura urbana. Como la noche, siempre igual a sí misma, es la llanura uniforme que sostiene la diversidad de los días con su luz en ascenso y descenso, sus relaciones sin sucesión. Así es el campo en su inmóvil silencio eterno que sostiene las modificaciones de la existencia, pero no los vive; en ningún caso los crea. Por eso, en el orden puede haber tragedia, pero la novela, es decir, la crónica, será siempre callejera y ciudadana. En la infinitud campesina sólo cuentan la tierra y el cielo, la materia absoluta y espiritual, pura, o sea, lo que está más acá o más allá de las formas sociales. Pero la Historia consiste en la creación de formas. Un país exclusivamente pastoril o campesino podría estremecerse y levantarse como un viento de fe aleonada. Por algo las grandes cosas religiosas han nacido en el desierto. Pero para que eso se haga cultura tiene que aclimatarse a la urbe. ¿Cómo, pues, España ha podido hacer Historia sin ciudades? Ese es nuestro milagro. Pero los milagros no duran. Ya es mucho que los estilos hispánicos le hayan dado ley al mundo durante siglo y medio desde las soledades de El Escorial. Ya es cosa de estupor eso de que desde el Madrid carpetovetónico o desde el polvoriento Valladolid del Duque de Lerma se hubiera podido dirigir, siquiera un solo momento, la vida rica y refinada que transcurría entre mármoles, frescos, de las ciudades italianas, la holgada existencia de los puertos flamencos. Sólo su tensión única del alma ha podido venir prisionera a la torre de los Lujanes Francisco I, aquel que ya, libertado, le escribía al Emperador desde París: "Esto no es una ciudad, sino un mundo". Carlos, al responder, herido en su orgullo, no se atrevió a oponerle ningún pueblo de soledad en Castilla, sino su Gante natal, atrajinado de mercaderes con las bolsas gordas de florines.

En Castilla no había ciudades. El mismo Toledo conservará siempre su aire de Ghetto mágico. Pero el cronista que viene de Flandes de unas bodas regias se pregunta si los traperos de la plaza Verde, de Amberes, no comen en mejor vajilla que los Caballeros de Calatrava. Solamente una ciudad ha existido en la Península con condiciones capitalistas: Lisboa.

Sevilla tuvo una hora meridiana, cuando colmados de plata perulera subían los galeones por el río. Entonces es, como dijo D. Luis, gran Babilonia de España, mapa de muchas naciones. Pero las mudanzas en el porte de los navíos a que obligaron los tiempos malogró tan gozosa esperanza. Sólo una cosa quedaba, por tanto: Barcelona. Ese es el único lugar español donde, por sí misma, se constituyó un burgo, y,

y en plenitud estética hacia el 1500 si no hubiese sobrevenido una fatalidad ineludible. Pero la culpa no fué de Castilla, sino del propio Mediterráneo, que, infiel a Europa, se entregó a escandaloso adulterio con la Media Luna.

La capital no podía, por tanto, estar en ese mar, entonces versátil. Los Austrias debieron colocar el centro de la vida política de su Imperio en el Atlántico. No lo hicieron



en consecuencia, una burguesía. A mí me conmueve la evocación de aquella Barcelona medieval con sus atarazanas, su consulado del mar y sus torres góticas navegando a lo trascendente. Precoz alborada sindical en la Tabla de Dalmau. Gozo de menestrales, rito de la corporación, del trabajo puntual, de la obra maestra, del orgullo de hacer y de lograr, de la continuidad en la faena y en las generaciones del cansancio bien ganado, de la música de los oficios, el cincel en la piedra, el velero en el mar, el mostrador con son de maravedises, la casa india, la madera brufida, los cobres relucientes, el traje engalanado con la luz del domingo. Eso no será la ética, pero es la lírica. Poesía del cotidiano, no me asusta decirlo: de lo vulgar. El que no la sienta que se vaya a Ginebra a estudiar las matemáticas, o, si no es capaz, que se haga anarquista.

Esa vida gremial y mercante hubiera madurado en cultura letrada

por miedo al inglés. Toda esa premisa sólo podía estar en Madrid, en medio de sus llanuras tristes.

Gran dinastía para Barcelona fué la de los Borbones. No haberlo advertido demostró esa ciudad, tan llena de virtudes, que una le faltaba ya entonces e iba a faltarle siempre: la previsión política. Porque el suyo era un clima propicio para la Flor de Lis. A la luz de los candelabros de la Ilustración, ¿qué hermosa la urbe y las casas burguesas! Presiento que incluso lo que ha quedado como peculiar de la vida catalana procede de esos días del 1700: sábanas honradas de lino en las masías, sentido administrativo, acento liberal, fe en la razón y en la intensidad, ilusión de la paz perpetua, seminaristas de Vich, vestidos de petimetre, canciones, patios de neoclásicos.

En el 19 la ciudad alcanzó su mediodía y se declaró su fervor por la cultura. Cuando Don Fernando y Doña Amalia visitan el año 1808 la

Universidad de Cervera, un estudiante de aquellas aulas, Manuel de Cabanyes, canta la verdad, la hermosura de la Reina y el anhelo de que al árbol mustio de la Patria torne el vigor antiguo. Con ternura lunar ve a la madre España sumida en viudez y llantos, mientras la primer lágrima le baja a él, presurosa, al bozo.

A lo largo de casi todo el siglo palpita en Barcelona el más cálido corazón español. Juegos florales en honor de la Reina Regente. Viajes por las comarcas a recoger braza das de romances, ilusiones de clásicos en castellano, pasión por lo poco que nos queda del antiguo Imperio en muros remotos, dolor profundo en los huesos cuando perdimos las islas de las Antillas y aquella manera de ver cómo partía mensualmente un barco de la Transatlántica.

Es el siglo en que un mozo montañés puede acudir a aquellas aulas a embeberse de sabiduría, de fe y de patria; es también cuando los viajeros de Madrid regresan a la Corte con los ojos encandilados por los faroles de gas en las Ramblas. El sentido de la época y de la Patria logran tener acuerdo perfecto y ejemplar, lo mismo en la Ciudad Condal que en el Madrid chulángano, democrático, aseñoritado y organillero de la cuarta de Apolo. Todo eso llega hasta D. Juan Maragall, el más alto poeta español desde el siglo XVII. Pero Barcelona, tan alerta en el XIX, no acierta, en cambio, a situarse en el XX. El árbol aquel del escolar de Cervera se dejó sofocar por la hiedra. El catalanismo ha sido el enemigo que llevó casi a la agonía a Barcelona. Mas el peligro ya pasó, por fortuna. Castilla, que no es una región, sino una idea política, una razón o la razón de un Estado, encontró la forma que la Patria necesitaba para ascender a cumbres dominadoras de historia. En una España adelantada de la época, Barcelona puede tener, quizá ya lo esté teniendo, días que sobrepujen a los mejores de sus pasados. Sólo con una rectora voluntad de Imperio puede abrirse los anchos y claros horizontes prometidos. La España imperial necesita una ciudad industrial de ese porte. Si el Mediterráneo vuelve a ser el corazón del Universo, entonces Barcelona podrá alzarse como la rival clásica de Nueva York o de esa Alejandría del Nuevo Mundo. Y volverá, ¡oh viejo mar de Ulises, maestro del eterno retorno!

(Dibujo de José M. Serrano.)

ESPIRITU DE BARCELONA

LA CIUDAD DE ULISES

Por EUGENIO NADAL

POCO a poco se nos revela Barcelona si recorremos sus calles con afán de comprenderla. Ya al salir del sosiego y nobleza del barrio gótico, la Diputación, alzando su fachada con la armoniosa gracia de un palacio italiano, insinúa el carácter de la ciudad. Pues si capital ligada a su tierra, fué, en rigor, la Barcelona medieval y renacentista población marinera y mercader abierta al Mediterráneo y viviendo en él, semejante a las Repúblicas italianas, con tal frecuencia rivales suyas. Como ellas, alumbró en todo tiempo gentes activas e inteligentes, poderosas de riqueza ganada con hábil esfuerzo. Y es posible rastrear su energía en los monumentos. Próximos a la mar, campo a tareas barcelonesas, se alzan palacios y templos ilustres de la antigua población. Tras la copiosa traza medieval gótica, qué placer meterse en las viejas calles que se llaman de Moncada, de la Princesa, calle Ancha, de la Ciudad..., con sus palacios de espaciosas, honda, umbría entrada, pétreos, nobles y severos, discurrir bajo los porches de la plaza Real, regular y silenciosa—pareja, si más chica y recoleta, a la Mayor, de Madrid—, gustar la pródiga herencia del XVIII, próspero siglo a la población, que salpicó de soberbias casas, trasunto de fuerza y bienestar arrancados a las ondas! Y luego la calle de Fernando, corazón de la ciudad ochocentista, donde paseaban nuestras abuelas, de miriñaque o de polsón, entre el brillo de los escaparates de joyerías, platerías, ebanisterías, marroquinerías...; la Rambla, con sus puestos de flores, cúmulo de edades, del barroco de Belén al isabelino del Liceo; el Parque de la Ciudadela, donde la Exposición Internacional fué muestra clamorosa del brio de unos años que iniciaron la súbita expansión de la ciudad. Extendida después por su llano, pronto había de comenzar a desdibujarse, a perder carácter y silueta. Plaza de Cataluña, ancho solar sin unidad, ¡cuán distinta de la plaza Real, acotada, simétrica de porches, o la de San Jaime, presidida por la principescas Diputación y el frontero Ayuntamiento! Más arriba, el paseo de Gracia muestra el delirio de la arquitectura modernista, y la cuadrícula inmensa del Ensanche se extiende largamente hasta bordear el pie del Tibidabo o va a disolverse, al cabo, en los arrabales, que refluén, amorfos, sobre la población. Barcelona se aleja del mar; en la porción moderna ya nada alude a él. A medida que avanza nuestro siglo, va la vida trasladándose a lo más alto de la ciudad, que, compleja, no parece decisivamente abierta y ligada a las ondas que la forjaron.

Y, no obstante, bajo la vasta Barcelona hodierna sigue latiendo la vieja ciudad marinera, transfigurada, pero viva; que es difícil imaginar población más hondamente mediterránea que la nuestra. Son sus hijos individualistas y activos como los antiguos pueblos navegantes del mar que la salpica; sólo que hoy el ardor ancestral no les lanza ya a volar con panzudas naves los tirones glaucos y azules de las aguas, sino a crear los productos que embarcaciones ya no suyas, sino vascas, andaluzas o extranjeras se han de llevar a puertos de otras tierras. Y en su tarea aparecen fieles hijos de quienes fueron. Se ha observado que el barcelonés sólo conduce con acierto las empresas que rige, organiza y cumple sólo, y es, en cambio, poco apto a las tareas que, realizadas colectivamente, no puede ordenar según su juicio y voluntad. Y ese individualismo rastreado en su labor redundan en

todas las facetas de su vida. Si precisa trabajar con plena independencia, aspira también, laborando, a ella, pues ve en el diario quehacer el fundamento a una libre condición. Y ello dispara la energía y prudencia, el tesón, la exactitud, el sagaz cálculo: todas las fuerzas que, implícitas en el alma, ha de lanzar quien pretenda forjarse autónomo y ser alguien en el fluir de la existencia ordinaria.

Claro es que tal propósito se remansa y detiene en la sobreabundancia de la vida; no está ligado a los valores más hondos. Mas no por ello es menos significativo. Traduce el individualismo hispánico en una ciudad mediterránea pura: en una ciudad de gentes sensuales. Corrobóralo el sentido decorativo, fundamental en el alma de la ciudad. Con apoyo oficial del Municipio se trazaron las orgiásticas fachadas modernista en los años de la gran expansión urbana, y un poderoso grupo de pintores fué cimero fruto de aquel momento. Hoy rinde Barcelona ancho culto a las artes plásticas y ostenta una larga teoría de salas donde exponen y venden sin parar artistas de toda suerte y condición. Una pulcritud extrema—excesiva por demasiado "bonita", a veces—caracteriza los libros que ahí se editan, y es notoria la afición de ese pueblo a la fiesta, al volar de gallardetes y banderas, a las paradas vistosas, a todo espectáculo fastuoso y llamativo. Ampliamente aludió a ello D. Miguel de Unamuno cuando advertía definir a Barcelona cierto sentido estético. Sin embargo, D. Miguel, apasionado, lo presentó con acritud poco grata, explicable por los tristes problemas políticos planteados en la época. Quizá ellos le impidieron ver toda la verdad. Porque es cierto que la fulminante expansión de Barcelona fué pródiga en fachadas clamorosas, pero no lo es que todo quedase en ellas. Es también auténtica la ostentación un poco pue-

nil de cuanto labor cultural o industrial se realiza en Barcelona, la vanidad—tan mediterránea—de las cosas locales o propias, pero existe una faceta más profunda y recatada de esta sensualidad barcelonesa, a que él no aludió, y se nos antoja plenamente peculiar.

Suele el burgués medio comprar cuadros por snobismo, cierto; pero también por sincero deseo de ornar su casa, de hacerse grato el ámbito privado. Tanto como la afirmación personal frente al prójimo le importa la creación de un hogar confortable, a colmo abastecido, en que recluirse tras la tarea, para sentirse vivir placenteramente. Es conocido este ideal de confort de la burguesía barcelonesa, pero no se ha rastreado su sentido. Para nosotros, el hogar es una meta a los afanes de la clase que caracteriza a Barcelona. Se trabaja para alcanzar una independencia que es base para tener una personalidad en el mundo. Y nada le da a nuestro hombre tan clara sensación de libertad como el poseer un dominio acogedor donde todo refleja estable seguridad y fuerza. Ahí es él dueño, y cuanto le rodea, trasunto suyo. Aquí se halla, reflejado en las cosas que ha dispuesto, sus cosas, y se siente, además, poderoso. El coche, los muebles de caoba, la araña de poliédricos reflejos, la abundante y limpia ropa blanca, las alfombras suntuosas y felpudas, los varios y nuevos trajes..., todo lo corrobora bienhadado. La casa parece guardar en todos los rincones, como en molde, la silueta de su vida, y le proclama seguro, logrado, valioso, digno de consideración. El cuadro, la música, el busto, la lectura, corroboran esta impresión, completándola, al satisfacer la inclinación más noble de este hombre: el sentido estético—a menudo, es claro, de mínima calidad, pero exquisito en breves núcleos.

De ahí la templanza de la vida barcelonesa, que descansa en bienes terrenos capaces de darle un ordenado bienestar. Y este ideal, propio de la clase que la define, influye en todos los sectores de la población, que lo aceptan y hacen propio, en lo posible. Por esto, si llena de lúbricos contrastes sociales, guarda, no obstante, Barcelona mayor nivelación que otras grandes ciudades españolas. Y la traducen lo extendido de la lectura, las audiciones de música, el goce de la pintura... en vastos ambientes, incluso entre gentes humildes.

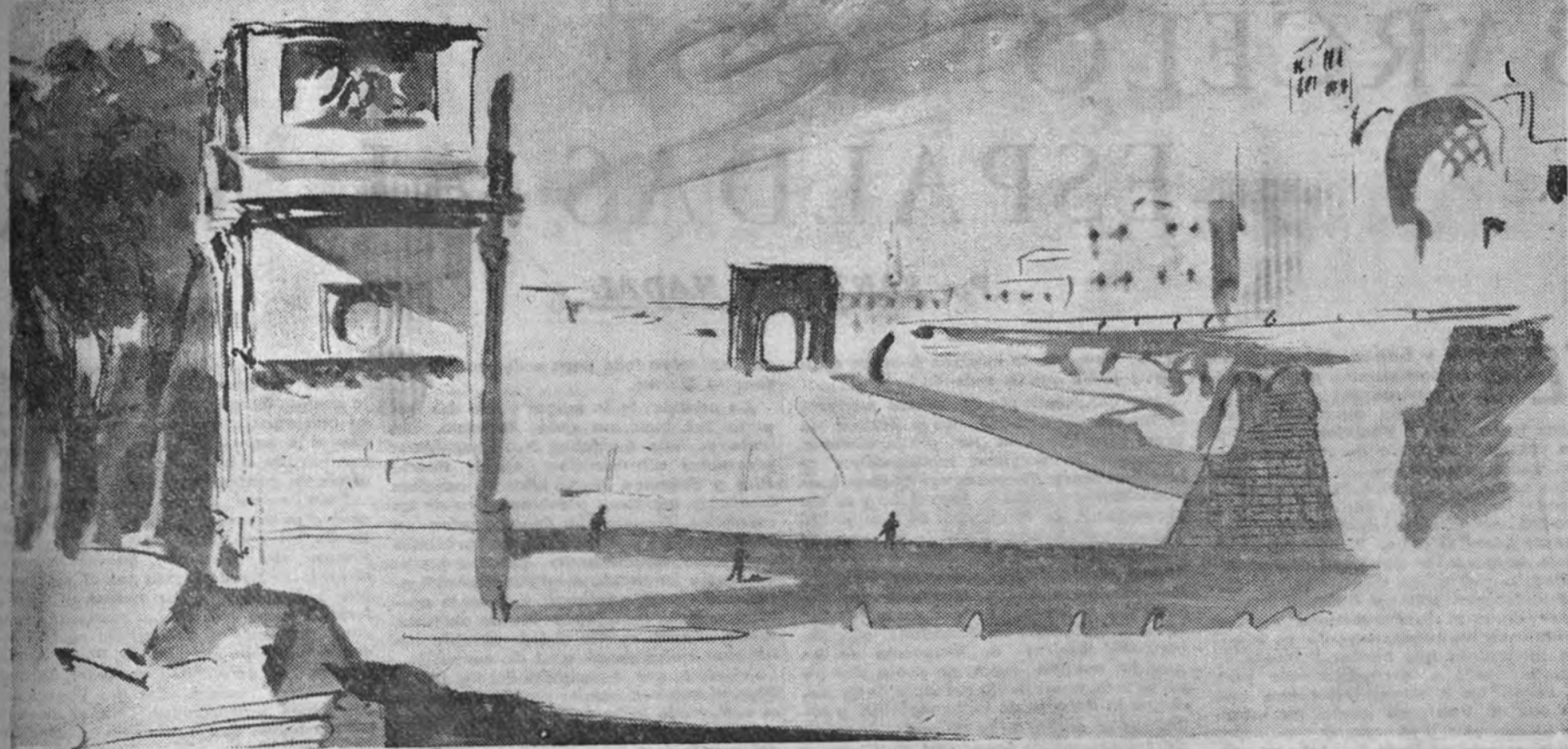
Tal es básico móvil de la vida de la ciudad. Aparte el placer de sus quehaceres—sean cuales fueren—, que es el grato sabor de vivir en tensión, dase con entusiasmo el barcelonés a la contemplación emocionada. Y se goza, más que en lo visto, en la propia emoción. Si suele ser práctica su inteligencia, tenaz su voluntad, es afán perenne el goce del espectáculo que conmueve o, mejor, la conmoción que provoca el espectáculo hermoso. Como si el sentido estético levantino—ingenio, directo, proyectado afuera, en Valencia, por ejemplo—revertiese aquí hacia adentro, sobre sí mismo, para que en él se sintiera vivir quien lo posee. Y este gozarse en el sentir es, en definitiva, el sentimentalismo de esa ciudad tan dada a arranques desorbitados de emoción aparentemente contradictorios con el tradicional buen sentido, y en realidad tan hondamente ligados con él. Manifestaciones, más o menos aceptables, incluso figuras de lacrimosa aureola consiguen precipitar, de vez en cuando, a este pueblo en torrentes de sensibilidad y provocar los movimientos más opuestos al tono corriente de su vida.

Pero sólo en ciertos trances y, en parte, por ese contagio de lo llamativo, este placer de la emoción consigue aglutinar. Normalmente suele aislar. Y se ha observado que en Barcelona vive todo el mundo un poco en sí, atento a su tarea, que es su vida, pero también a su sentir. Por ello, si Valencia, más ingenuamente sensual, da escritores descriptivos, Barcelona ha dado sobre todo poetas, no inclinados a hurgar el alma ajena, sino sutiles y sagaces en el canto de las vivencias propias. Por ello también es la gente tan incapaz para las tareas políticas—colectivas—, que no siente ni comprende.

Lo aquí decisivo es, pues, el mundo privado. En él hemos de hallar las pasiones profundas. Suele tener pocos, pero entrañables amigos: un pequeño grupo, quizá un amigo sólo, permite honda unión cordial, exhaustiva comunicación de lo íntimo. Permite hallarse en las palabras, en la atención ajena; captar, también, el alma de quien nos refleja comprendiéndose. De ahí las fidelidades perennes, las adhesiones inflexibles. Pero algo hay más entrañado y caro, y es la familia. Solamente ella traduce lo radical de nuestro hombre; carne de su carne, creación viva de su alma y sangre, le da entero culto y la sirve con intensa y regalada energía. Y qué profunda temura la del rostro menudito en la pupila del hijo, o la mano surcando el crespo y suave oleaje del cabello de la hija, sonriente y niña! Si las cosas reflejaban el gusto y poder, ve nuestro hombre en la familia lo más hondo y personal de sí mismo: sentimiento profundo, que fluye soterradamente—medula de su existencia—sobre la invencible superficialidad de otros afectos, liga a lo más decisivo a este hombre sensual y lo torna enteramente humano. Es su áncora en lo

(Continúa en la página 18.)





Carta abierta al alcalde de Barcelona

Por JOSE PLA

MI querido don Miguel: Sin duda estará usted conforme conmigo en aceptar que el estar enfermo es un mal asunto. Y lo es, sobre todo, porque la enfermedad es como un desplazamiento a un mundo que no es el mundo de la realidad. Uno pierde el contacto con casi todo, y, sobre todo, con lo más agradable de la vida, que es hablar con los amigos y con las amigas. Se entra en la soledad, en el tedio y en el mar muerto del agua mineral. Frente a estas imperiosas necesidades, y en la imposibilidad de sostenerlas, me he decidido a escribirle esta carta. Según los términos del estricto protocolo, es posible que yo hubiera debido hablarle de lo que constituye el objeto de la misma en su despacho oficial. Sin embargo, no puedo esperar más, porque la idea que voy a exponerle me parece muy bella, y su realización bastante urgente. Por otra parte, los enfermos pueden ser perdonados... Me entrego, pues, a su inagotable bondad.

Yo pretendo suponer que la plaza llamada del "Cinco de Oros", que, como todo el mundo sabe, está formada por la intersección del paseo de Gracia con la avenida del Generalísimo barcelonesa, será algún día urbanizada. Esta intersección constituye uno de los cortes más serios de Europa, y en el futuro su vitalidad será impresionante. Barcelona, el pulso de Barcelona está ahí, en este espacio de aire a que aludo. Ochenta años atrás, el pulso estaba en la calle de la Princesa, que acababa de inaugurarse. Allí vivía entonces el Sr. Esteve, este grandioso personaje a quien los barceloneses deben casi todo lo que son, la riqueza y la prosperidad. En nuestros días, el Sr. Esteve del momento vive un poco más arriba: se ha trasladado a la avenida del Generalísimo.

Hemos de suponer, pues, que la plaza del "Cinco de Oros" será algún día, a no tardar, urbanizada. Los Ayuntamientos republicanos creyeron que el hueco de esta plaza debía llenarse con algo, y, ni cortos ni perezosos, levantaron un obelisco que consagraron a D. Francisco Pi y Margall. Este buen señor ha sido más zarandeado muerto que vivo — lo ha sido tanto, que su situación, tanto en los momentos de éxito como en los de fracaso, llega a inspirar lástima—. Levantaron, pues, haciendo un acto de estricta apología política, un monumento a Pi y Margall, pero no estuvieron afortunados. El obelisco, o la especie de obelisco que erigieron, es un "ersatz" de obelisco, un obelisco de papel mascado, blanco y negro,

de medio luto, absolutamente funeral. Cuando no se dispone de obelisco de Egipto auténtico — como el de la plaza de la Concordia o como los que hay en Roma — es preferible abandonar la idea del obelisco o encargar uno a la funeraria de al lado.

El monumento era de espanto. Abajo, mirando al paseo de Gracia, estaba don Francisco con su aire más acusadamente viejo, de una vejez de clase pasiva y de cuello de celuloide. Detrás se levantaba la forma erecta y arriba de todo, encaramada en lo más alto, estaba una señorita que tenía una corona de piedra en la mano, corona que caía aplomada sobre la cabeza del repúblico. Era una imprudencia notoria que aquella señorita tuviera que aguantar durante tantos años una corona de dimensiones semejantes. Lo más natural hubiera sido lo contrario: que don Francisco se hubiera subido arriba, como quien se sube a la parrá, y la señorita se hubiera sentado abajo. Esto hubiera sido sentimental y familiar. Don Francisco Pi y Margall tutelando la juventud. Lema: "Labor omnia vincit".

Este obelisco, pues, tiene todo lo necesario — estéticamente hablando — para ser desplazado hacia la cascada del Parque, que es un lugar placido y sano.

Y ahora viene la pregunta: Cuando llegue el momento de urbanizar la plaza del "Cinco de Oros", cuando los faros que la circundan (que son, si no estoy equivocado, del difunto arquitecto Falqués) y el obelisco que tiene en su centro sea desplazado, ¿qué pondremos en la intersección de las dos grandes avenidas barcelonesas?

En el momento de contestar esta pregunta me permito dirigirme a V. E., señor alcalde, y con el máximo respeto, pero con la decisión máxima, digo: En la intersección de las dos grandes arterias barcelonesas deberíamos levantar un arco, sí, un arco romano.

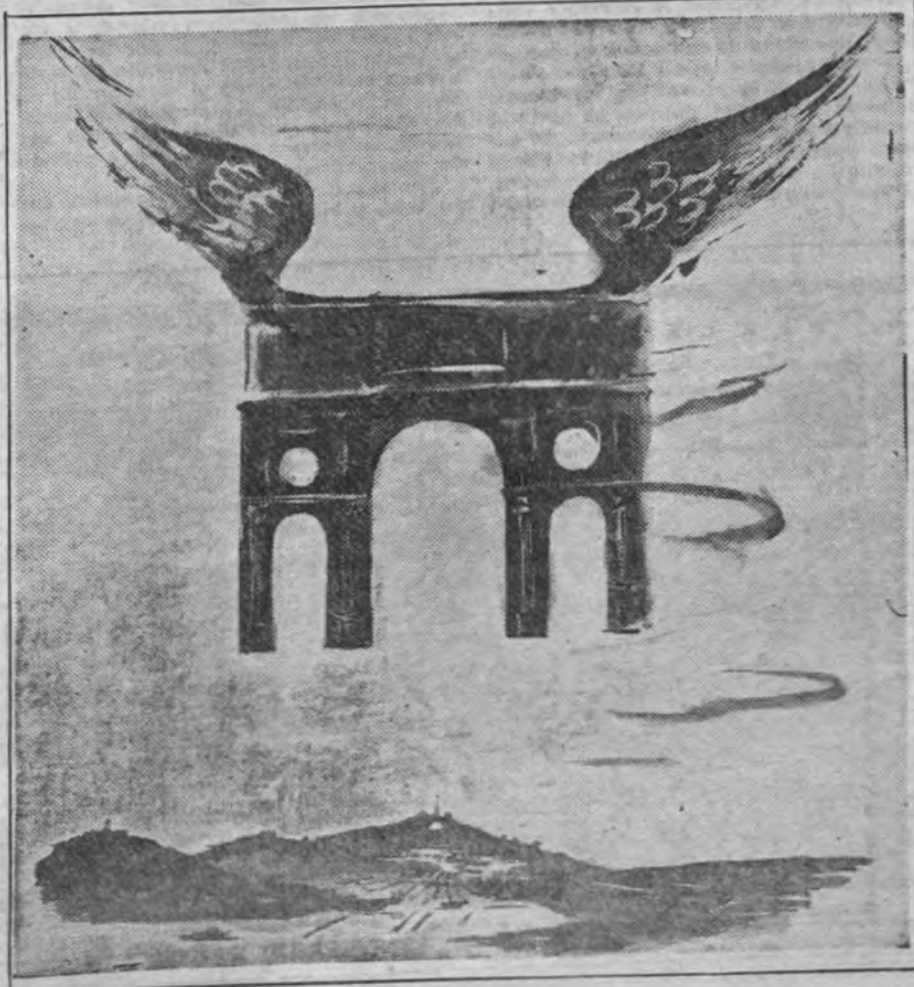
Estoy convencido, señor alcalde, de que estará V. E. conforme conmigo en considerar que el prodigio urbanístico más grande y perenne que se ha inventado hasta ahora es el arco. No es necesario recordar el prestigio inolvidable que dan a Roma el Arco de Tito, el Arco de

Constantino, el Arco de Trajano. Huelga recordar los arcos levantados en Madrid por Carlos III, de gusto tan versallesco, sobre todo la fina Puerta de Alcalá, tan celebrada. Y el Arco de la Estrella, erigido en París por Napoleón, ¿quién es capaz de olvidarlo? Y la Puerta de Brandemburgo, en la avenida de los Tíos, en Berlín, y el arco que se levantó en Washington después de la guerra de Sucesión americana, son otros tantos grandes monumentos que contribuyen a dar sustancia de capitalidad a estas ciudades. Todos estos monumentos han salido del canon romano, y éste, en definitiva, es nuestro canon. No hay, pues, que inventar nada. Hay que buscar en las nobles formas antiguas el sentimiento siempre renovado de su grandeza y de su gracia.

En Europa hay esparcidos muchos arcos romanos auténticos. Nosotros poseemos uno, que es un poco pobrete, el Arco de Bará, pero que ya quisieran tener, por la elevada ejecutoria que concede, muchos países. En opinión de las personas de sensibilidad, el arco más fino y elegante que existe en la tierra es el de Tito, en Roma. Tito, que se formó de joven en la sabiduría oriental, fué el Emperador de la olivácea, intensa y sedosa Berenice. Los arcos de Madrid son finos. El de la Estrella es pesadote, pero el efecto que produce es formidable. Subir Campos Eliseos arriba, en París, hacia el Arco de la Estrella, es uno de los ejercicios más dignos que puede hacer una mujer o un hombre. Parece como si la persona humana se elevara de pronto a un plano menos terrestre, más alto. El día que tengamos un arco en el sitio de que estoy hablando, el efecto mágico, de gran elegancia, que producen los Campos Eliseos, lo producirá el paseo de Gracia. El maravilloso plano inclinado que hace el paseo de Gracia no tendrá sentido hasta el día que quede rematado por un arco. Ahora se llega al final y uno queda con un palmo de nariz, porque no hay nada y el remate está vacío.

He dicho que el Arco de Tito, en Roma, es el más elegante de todos los arcos, pero a mi entender sería un error poner una réplica de dicho arco en el "Cinco de Oros". La amplitud de las avenidas es tal, que será más adecuado poner una réplica del de Constantino que del de Tito. Este es de un solo ojo; el de Constantino, de tres, siendo los laterales más pequeños que el central. Hay que poner un arco más apaisado, más enraizado en la tierra. Y nada de querer ser original. Está archidemostrado que la época no tiene capacidad para hacer monumentos urbanos. Es

(Continúa en la página 18)



BARCELONA DE ESPALDAS AL MAR

Por SANTIAGO NADAL

En sitio y belleza, únicas. Quizá fuera inconsciencia genial, pero estas palabras del príncipe de los escritores españoles caracterizan justamente a Barcelona, cuya belleza principal se funda en su maravillosa situación topográfica.

Una costa llana y plácida, grácilmente curvada; junto a ella, una llanura, con pequeñas ondulaciones, descendiendo suavemente hasta el agua. Y en torno, una cadena de montañas de escasa altura protegiéndola contra los vientos del Norte. Realmente: «en sitio y belleza, únicas». Parece como si la Providencia hubiese querido abrir un emplazamiento en la cadena montañosa que bordea la costa de Cataluña, justa y exclusivamente para que, en él, los hombres colocaran una gran ciudad. Una gran ciudad que abarcara la montaña y el mar. O que, entre las dos, escogiera. Pues bien; Barcelona, que vivió largos siglos cara al mar, le ha vuelto ahora la espalda. Ahora Barcelona se extiende, se alarga desmesuradamente a lo largo de su llano famoso hasta besar las cumbres del Tibidabo, como si mirara insistentemente tierra adentro para alejarse del mar. ¿Por qué?

Tan marinera fue Barcelona que su historia no se comprende sin conocerla de su mar, el Mediterráneo. Fundada ya por hombres de mar, durante la Edad Media acentuó todavía su carácter marino y llegó a ser una ciudad al estilo de aquellas repúblicas italianas mercantiles—Génova, Venecia, Pisa—que en el mar tenían sus verdaderos dominios. Si Dante pudo hablar de «aspra povertà dei catalani» es porque los pilotos y comerciantes barceloneses disputaban a genoveses y pisanos el dominio del mar latino. Barcelona, entonces, vivía hasta tal punto la vida del mar que su propia política terrestre se encaminaba tan sólo al favorecimiento de sus intereses marítimos. Y así una cosa era Barcelona, con sus galeras, sus astilleros, sus grandes mercaderes, y otra el resto de lo que hoy se llama Cataluña, con sus tierras de labor, su feudalismo, su nobleza terrateniente y militar.

Pero, naturalmente, la fuerza de Barcelona se hacía sentir poderosamente en el gobierno del Condado y en el del Reino de Aragón. Y múltiples veces, tal influencia se ejerció en beneficio de los intereses mediterráneos de Barcelona. El ejemplo más claro de esto lo tenemos en la renuncia de Jaime el Conquistador a la política del sur de Francia—que no interesaba a los mercaderes barceloneses—en beneficio de la política mediterránea e italiana, vital para el comercio barcelonés, y que tan larguissimas consecuencias había de tener en toda la Historia de España.

Sin aquel poderío de la Barcelona medieval y de los primeros tiempos de la Edad Moderna, no se comprendería la magnificencia de los edificios de la época, que todavía subsisten. ¿Cómo explicar el Palacio de la Diputación y el del Ayuntamiento, para no citar más que los principales, sin presuponer la existencia de una ciudad que encontraba su riqueza en

el mar y no en la relativa pobreza de la tierra firme que la rodeaba?

Por eso, realizada la unidad nacional, es Barcelona—con Nápoles y Génova—la gran base naval en que, principalmente, se apoya la potencia mediterránea de nuestros reyes. Fernando el Católico, buen conocedor del papel de Barcelona y de sus necesidades, da el ejemplo de una política fuertemente proteccionista en favor de los productos barceloneses en los mercados de Sicilia, Cerdeña y otros dominios mediterráneos. Y las luchas contra los piratas y corsario en gran parte son debidas a instancias de Barcelona, que, llegado el momento de formación de las grandes nacionalidades, no podía atender por sí sola, como hasta entonces había hecho, a la defensa de su navegación, y solicitaba el auxilio de la Corona. Luego, de Barcelona sale la expedición de Carlos I contra Túnez—según perpetúa la magnífica serie de tapices de la Casa Real—; a Barcelona arribó Don Juan de Austria, después de la victoria de Lepanto, pasando a su Catedral, que lo conserva todavía, el milagroso Cristo que se alzaba en la proa del buque almirante y que está ligeramente herido en la Cruz, pues, según la leyenda, se movió para esquivar la punta de una culebrina otomana que le apuntaba durante la lucha.

Pasaba el tiempo y Barcelona seguía de cara al mar. Al comercio mediterráneo añadió el siglo XVIII el de América y Oceanía. Magnífica época de panzudos buques y empujados marineros, curtidors en todos los mares para la mayor gloria de España. La navegación con Ultramar, dirigida, principalmente, a Cuba y Filipinas, perdura durante todo el siglo XIX. Toda la Barcelona novecentista y todos los pueblos de la costa cercanos a la ciudad, están llenos de reminiscencias americanas llegadas a través del mar; y de recuerdos marítimos y navales a profusión.

Cuando, de pronto, la ciudad empezó a crecer monstruosamente y a darle la espalda al mar, al mar que fue su esposo durante siglos.

Influyó, en primer lugar, una causa de tipo general: la pérdida de las provincias ultramarinas.

Durante el siglo XVIII, España había sido una gran potencia naval. Una serie de hombres de Estado sumamente capacitados habían comprendido que un imperio colonial como el que teníamos, no era nada, no podía subsistir siquiera sin una Flota de guerra para defenderlo y una Flota mercante para utilizarlo. Al mismo tiempo, la facilidad de encontrar acomodo al otro lado del mar sin salir de territorio español hacía que la corriente migratoria fuera constante, con la consiguiente necesidad de intercambios que sólo por mar podían hacerse. Ello hacía surgir, numerosas, las vocaciones marineras. Así nuestro país fue, durante la centuria dieciochesca, casi constantemente, la segunda potencia naval del mundo. Tanto que, aun en el momento de la decadencia, el Directorio y Napoleón buscaron nuestra

alianza, sobre todo para poder contar con nuestra Marina.

La pérdida de la mayor parte del imperio fue, pues, un golpe durísimo. Sin embargo, nos quedaban tres magníficas provincias ultramarinas: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Hacia ellas se canaliza la afición marinera y colonizadora de los españoles. De aquella época quedan en Barcelona y pueblos costeros próximos numerosos «americanos»—nombre que se da aquí a los indios—y sus descendientes, cuya sola existencia nos habla nostálgicamente de lejanas tierras exóticas, donde la vida se nos antoja siempre bella bajo cielos de un azul de maravilla... Lo cierto es que, a mediados del siglo XIX, España volvía a ocupar un buen lugar en el mar, como lo acreditaba el hecho de que constituyéramos la tercera potencia naval del mundo.

Pero la desaparición de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, las admirables provincias ultramarinas, fue un golpe de muerte para nuestra Marina, puesto que lo fue para la necesidad de navegar de los españoles y para una buena parte de su afición al mar. España cambió de rumbo. Se encerró en sí misma. El sueño dorado de «las Américas» se desvanecía y quedaba la realidad de la tierra nuestra aquí en la Península. España dejaba de mirar al otro lado del mar para ponerse a mirar hacia sí misma. La generación de 98 no es más que una manifestación de este formidable viraje.

Barcelona siguió la corriente general. Empezó a empujar tierra adentro y a volverle la espalda al mar. La laboriosidad de sus hijos, el comercio y la industria, los grandes motores de su fuerza, habían perdido el campo de expansión mediterránea; y el americano. Siguiendo la dirección general del viraje español se pusieron de cara al interior. Barcelona le volvió la espalda al mar del mismo modo que se lo volvía España entera. Cuando los vascos dejaban de ser marineros para hacerse ingenieros, y los andaluces para hacerse abogados, los barceloneses lo dejaban para vender sus telas en Castilla.

A esta causa general se unieron otras específicamente barcelonesas. En primer lugar, el propio puerto.

El puerto de Barcelona, extendido excesivamente delante de la ciudad, le cierra a ésta el acceso libre al mar. El Mediterráneo no es visible desde Barcelona, porque el puerto «se lo tapa». No hay, por lo tanto, un paseo marítimo como los que constituyen principal ornato de San Sebastián, de Santander o de Málaga. No ha existido, por tanto, el anhelo de crear nuevas barriadas junto al mar, porque el barcelonés no está acostumbrado a ver sus aguas diariamente, y, por lo tanto, no siente la necesidad imperiosa de verlo a cada instante desde el comedor de su casa si es posible. La ciudad, por tanto, ha desdénado extenderse más allá del puerto, en barrios marítimos que podrían ser maravillosos.

Por si esto fuera poco, Montjuich, por un lado, y las barriadas fabriles de San

Andrés, por el otro, flanquean la ciudad antigua llegando a la orilla. Por lo tanto, la ciudad, llegada la época de su prodigioso crecimiento, no pudo hacerlo a derecha ni a izquierda del casco viejo; tuvo que hacerlo a norte del mismo. O sea, en dirección contraria al mar.

Para colmo de fatalidades, entre la ciudad moderna y el Mediterráneo se extiende, en una gran parte, el tristemente famoso «barrio chino», que actúa como aislante fortísimo. Junto con él, las Ramblas y los barrios que rodean al puerto forman como una ciudad distinta, aparte completamente de la inmensa ciudad moderna que, por cima de la Plaza de Cataluña, va extendiéndose hasta bordear los montes vecinos. Son dos Barcelonas éstas bien diferenciadas. Una, la Barcelona marítima, con sus casas consignatarias, pintadas las puertas con dincoras, cifras de Compañías o banderas; con sus tiendas de aprestos navales, tan sugestivas; sus sastrerías para marineros; sus casas de comidas, marineras también; su población abigarrada, su ruido y su mugre de gran puerto mediterráneo. Otra es la Barcelona moderna, gran ciudad de calles amplísimas, no excesivo movimiento y que nada tiene que ver, aparentemente, con la otra. Y que sólo ve el mar desde la cúspide de los edificios.

Y es lo más notable que esta separación entre las dos Barcelonas tiende a aumentar día a día. Paulatina e inexorablemente. El centro de gravedad común a toda la ciudad, o sea la desembocadura de la Ramblas en la Plaza de Cataluña, tiende a desplazarse. O mejor, a bifurcarse. De un lado, la ciudad mediterránea se repliega, cada vez más, hacia el puerto; de otro, la ciudad moderna va trasladando sus puntos vitales más arriba en dirección al Tibidabo. Cualquier habitante de Barcelona reconocerá que las tiendas elegantes, por ejemplo, que estaban—bien pocos años atrás—exclusivamente en torno a la Plaza de Cataluña, van ascendiendo más en sentido contrario al mar. Y lo mismo todo lo demás.

Paradójico gesto de Barcelona, hija del mar, que al mar debe originariamente su grandeza, y al cual vuelve hoy la espalda con moño desdénoso de mujer caprichosa. Es lástima, pero es difícil evitarlo. Sería necesario trasladar el puerto al este de Montjuich o replegar muy hacia el Norte el barrio industrial de San Andrés. Y, desde luego, en todo caso, abrir varias vías modernas a través del casco antiguo. Todo cosas muy difíciles, prácticamente irrealizables.

Todo hace prever, pues, que seguiremos viendo, con sorpresa y disgusto, cómo siguen creciendo innumerables casas modernas, cada vez más arriba, más cerca de la montaña, destruyendo el encanto de los chalets y los jardines que coronan la ciudad por el Norte. Casa de vecinos, muy lejos del mar, a varios kilómetros; desde sus ventanas más altas, el visitante distraído apenas esboza un comentario, más de sorpresa que de alegría, al ver, al fondo, la maravillosa faja azul: «¡Ah, mira! el mar!»



El sentido de epopeya en las grandes crónicas catalanas

Por MARTIN DE RIQUER

A tres reyes, emparentados entre sí, se debe la dignificación y la estabilización definitiva de las tres prosas romances hispánicas. El esfuerzo literario, inmenso en la prosa castellana de Alfonso el Sabio, subordinado a un interés personal en la prosa catalana de Jaime el Conquistador, y reducido casi exclusivamente a traducciones alfonsíes en la prosa gallegoportuguesa de D. Dionís—gran poeta, por otra parte—, son razones harto poderosas para que el real impulso decida el triunfo de las letras vulgares sobre el latín de los doctos. La intervención de los reyes y de los príncipes de sangre real en este hecho literario, conduce las prosas peninsulares hacia la Historia: la Historia Universal y la nacional española en Castilla, las crónicas particulares de reyes y de empresas mediterráneas en la Corona de Aragón, los libros de linajes, imbuidos por las leyendas bretonas en Portugal. De finales del XIII a mediados del XIV, en la totalidad de los que luego serán dominios metropolitanos de Felipe II, sus antecesores en los tres reinos inician una historiografía de caracteres tan personales y tan propios que parece una promesa de las grandes y maravillosas relaciones históricas que en la Edad de Oro de nuestras letras consignarán las hazañas de los españoles que fueron a Italia, a Indias y a Flandes.

Por más que en la historiografía catalana el primer monumento de consideración y de creación personal sea la obra de Jaime el Conquistador, hay un hecho literario anterior al que debe darse gran importancia. En 1268—poco antes de que Alfonso el Sabio emprendiera la dirección de sus obras históricas—, un tan Pere Ribera de Perpej, tradujo al catalán la *Historia gothica*, de Rodrigo Ximénez de Rada, el Toledano. La historiografía en catalán, pues, se abre con la traducción de uno de los textos de más fuerte sentido español, en el que se mantiene la persistencia de la monarquía visigótica, se ensalzan las glorias nacionales y se recoge lo más genuino de los temas de los cantares de gesta castellanos. El traductor intercala en el relato del Toledano pasajes referentes a la historia particu-

lar de Cataluña, como sus orígenes y la intervención carolingia en su reconquista, lo que tiene el gran valor y el alto sentido español de unir en una misma crónica los hechos históricos de nuestra Patria.

El *Libre dels feyts*, de Jaime el Conquistador, es la primera de las cuatro grandes crónicas catalanas que Morel Fatio llamó cuatro perlas. Muchos de sus aspectos internos y la existencia de dos redacciones, una catalana y otra latina debida a fray Pedro Marsili, plantean problemas complicados y difíciles de resolver. Por ahora parece lo más probable que el Rey Don Jaime escribió en 1244 una relación de los hechos de su reinado acaecidos hasta la cuarta década del siglo, en catalán y en primera persona. En el año 1274 repasó lo escrito treinta años antes y añadió la relación de lo ocurrido hasta entonces. Esta primera redacción no se conserva; no obstante, sobre ella, fray Pedro Marsili hizo su traducción latina, trasladando el relato a tercera persona, ordenando los capítulos, y añadió un prólogo y un epílogo. Entre 1313 y 1327, tal vez por disposición de Jaime II, se llevó a cabo la redacción catalana conservada, o sea el *Libre dels feyts*, el cual reproduce sin duda el texto primitivo del Conquistador, aunque adopta el orden de la traducción de Marsili e incorpora su prólogo y su epílogo. Todo ello son conjeturas, cuya confirmación o enmienda tendrán lugar el día que se emprenda el estudio serio de la crónica y se editen convenientemente sus dos textos.

Cosa sabida es hasta qué punto son personales las obras de los monarcas de la Edad Media. Su intervención tiene más de dirección y de suministro de datos, y de conocimientos que de redacción material o dictado. Probablemente Jaime I fué transmitiendo sus recuerdos y sus indicaciones a algún clérigo, tal vez Jaime Sarroca o Bernardo Vidal. De todos modos es injusto negar su pertenencia al Conquistador: la relación de los hechos es completamente histórica, pues han sido comprobados con documentación que no ofrece sospechas y además se insiste y se callan aquellos que el rey podía tener interés en una cosa u otra. Tal sentido his-



JAIME I (árbol genealógico de los Condes Reyes de Cataluña)



PEDRO EL GRANDE (árbol genealógico de los Condes Reyes de Cataluña)

tórico no impide que en la crónica del Conquistador haya un evidente fondo literario en el que estriba el principal encanto de sus heroicos relatos. Parece ser que en algunos de sus pasajes se pueden rastrear formas típicas y prosificaciones de cantares de gesta catalanes, totalmente perdidos. Noticias de otras procedencias nos confirman que, por lo menos, existió un cantar referente a la conquista de Mallorca, que, sin duda, más relación tendría con las escasas muestras que quedan de épica provenzal que con las «chansons» francesas. Este aspecto literario de la crónica del Conquistador está completado por los elementos procedentes de la épica artúrica o materia de Bretaña que respiran en ciertas situaciones y en determinados pasajes. Estos elementos épicos encajan perfectamente en el *Libre dels feyts*, debido al realce guerrero con que se nos presenta el propio Conquistador, y a los relatos, dignos de cualquier epopeya, de las conquistas de Mallorca y Valencia. Cuando en el sitio de esta última ciudad el rey es herido por una flecha que le atraviesa la cabeza, arranca con rabia la parte saliente del proyectil, se ejuga la sangre, y mientras se dirige a su real, va riendo para no desanimar a sus soldados. Este hecho es doblemente interesante: primero, por demostrarnos el valor y la presencia de ánimo del monarca, y luego, porque coincide con un pasaje de la canción de gesta francesa de Guillelme, donde el caballero Vivien le ocurre lo propio y reacciona de igual forma. Siendo histórica la herida del Conquistador, quién sabe si el recuerdo de sus aficiones a las canciones épicas influyó en su heroico comportamiento.

Con el reinado de Jaime I y los hechos narrados en su crónica se acaba la reconquista en la Corona de Aragón; ésta seguirá interviniendo en la empresa común de España con sus recursos, sus fuerzas y sus naves, pero una nueva intención política expansiva se abre en el Mediterráneo. En el sur de Italia la Casa Real aragonesa se enfrenta con la poderosa Monarquía francesa. El Gran Capitán y Pavia serán una consecuencia de esta política y de esta rivalidad franco-

española, cuyos primeros acontecimientos se relatan por extenso en la segunda de las grandes crónicas catalanas, la de Bernat Desclot. Este cronista, que no dejó ni un solo rasgo que nos sea útil para imaginarnos su personalidad, trató de los hechos de Pedro II el Grande con un sentido histórico raro en su tiempo. Con una escrupulosidad extraordinaria recogió los hechos de que fué contemporáneo, tanto a base de su conocimiento directo como a fuerza de investigar y de transcribir los acontecimientos según documentos históricos fehacientes, que luego se han descubierto y estudiado. Cúpole la suerte de historiar uno de los reinados más caballerescos de nuestra Edad Media, y sus cualidades respondieron a la gallardía de los hechos. Pocas páginas hay en la historia medieval auténtica que tengan el interés y el sentido caballeresco y español del honor como las que dedica al desafío de Burdeos, concertado entre Pedro el Grande y Carlos de Anjou, al cual este último se abstuvo cobardemente de acudir. Desclot nos traza la imagen de aquel Rey grande que su pluma contribuyó a que fuera considerado como dechado de Príncipes heroicos. El Pedro III, que conocemos gracias a Desclot, es el que Dante consideró *d'ogni valor portò cinta la corda*, el que como príncipe justiciero aparece en el *Decamerone* de Boccaccio y en el *Much ado about nothing* de Shakespeare, y que en el romanticismo fué celebrado por Swinburne y por Alfred de Musset.

La cruzada contra Aragón, amañada por la política francesa en la Santa Sede, y la heroica defensa de Gerona por Ramón Folch de Cardona, gran militar que con Alvaréz de Castro representa la tenacidad española contra Francia desde los muros gerundenses, llenan las últimas páginas de Desclot de un ambiente de heroísmo y de sentido hispánico de independencia. Por mar, el siciliano Roger de Lauria, que, según Muntaner, «hablaba el más hermoso catalán del mundo», y que tantos laureles recogió para la marina aragonesa, lucha sin cuartel contra las galeras francesas. Admirado de sus prendas de gran ma-

(Continúa en la página 14.)

Glosa arquitectónica y urbanística de Barcelona

Por ALVARO RUIBAL

A LREDEDOR de la catedral de Santa Eulalia unas callejas silenciosas forman el núcleo pristino de Barcelona. La gente le llama Barrio Gótico, aunque muchos no aciertan a explicarse el remoque. En realidad, el casco primigenio de la ciudad es una egregia conjunción de estilos dispares fundidos armoniosamente a lo largo de la curva de las centurias.

Las calles empedradas, siempre en angusta penumbra, exhalan antiguas fragancias. Un silencio de obradores dormidos rememora jerárquicas tareas gremiales. Tiendas de anticuarios, librerías de viejo repletas de litografías y volúmenes encuadernados en cuero repujado, enfermizas herboristerías, talleres de imagineros y retablistas, cererías, comercios de estampas, rosarios, blondas, encajes y objetos de pamanería ocupan los bajos de los vetustos coserones. Por el solanero atrio catedralicio pasean el tedio canónigos y prebendados, y algún sacristán de roquete cruza balanceando un incensario. Los sillares negruzcos, los muros con pátina de siglos traen a la mente la peripecia y la aventura de una época mística y remota...

Casi toda la enjundia medieval y oscura de la gran urbe se condensa, como un precipitado en el fondo de un tubo de ensayo, en este recinto misterioso. No encuentra el solitario paseante ningún edificio que le impresione por lo colosal de sus dimensiones. Todo es apretado y macizo. Inútil, por tanto, una búsqueda de amplias perspectivas. El arqueólogo hallará temas para sus monografías en tal o cual bóveda estrellada, en tal o cual blasón o en la quietud de los patios sombríos. El cazador de nostalgias aprehenderá el aire sutil de un período que no ha conocido, y el tálido de los sonoros esquilonos dejará en su alma la unción de su recóndito romanticismo. Porque todo lo que nos desplaza de la realidad, lo que amamos y no conseguimos alcanzar, tiene un blando matiz romántico.

Lo genérico y sustantivo de Barcelona vuela por estos espacios cristianos. Aquí está la plaza del Rey, recogida y feudal, como antesala de una estancia de señorío castrense y austeridad de cenobio, con su gótica iglesia de Santa Agueda; el palacio de San Jorge, el convento de las Clarisas, la extraña torre del Rey Martín... Pero un observador moderno puede plantearse el interrogante: ¿Estamos en una ciudad redonda, completa?

También en torno al templo de Santa María del Mar otro laberinto de estrechas callejuelas nos levanta el mágico telón de las evocaciones. El silencio del barrio gótico contrasta con la bullanguera algarabía de estas rúas llenas de trajín de chalanos y menestrales. Ya huele un poco a mar salada. La raigambre marinera se atisba en los establecimientos de efectos navales. Corchos y blancos salvavidas esmaltados, redes y estachas, drizas y estrobos se prodigan en los escaparates débilmente iluminados por mortecinas luces. Fragatas, bergantines, galeones y corbetas penden de los techos. En las tabernas, amables como los antiguos hostales, los vinos del Priorato, del Panadés y de Esplugas reposan en las cubas panzudas. Los odres colgados de los dinteles y las jarras de barro con brillos de caramelo tienen vivas presencias terruñeras.

Las casonas, de recios portales, patios enlosados y escaleras de carcomidas balaustradas de granito, vieron llegar en tiempos de la expansión marítima por el mar latino fardos con sedas, damascos y terciopelos, especias y perfumes, cristales

tallados y dulces porcelanas. Todo este fragor comercial por el Mediterráneo, que no igualó todavía ningún pueblo de Europa, se palpa en estos caserones de los obesos mercaderes catalanes. Pero nuevamente podemos interrogarnos: ¿Es esta una ciudad redonda, completa?

El hombre gótico no tenía sentido del urbanismo. Rodeando un templo, por lo general, ha trazado un dedalo de lóbregos callejones. La carencia de refinamientos salta pronto a la vista. Las perspectivas urbanas, la prócer distribución de espacios y arquitecturas, nos aleja del primitivismo. A última hora, el urbanismo moderno es una manifestación del fenómeno barroco y, como tal, un producto del despotismo filosófico del siglo de la Ilustración.

Barcelona no asimiló la savia barroca.

aquel lugar rango y prestancia de urbanismo dieciochesco, culto, con pretensiones de larga permanencia.

En el desmesurado período romántico, Teófilo Gautier nos habla con encendidos elogios de la calle de Fernando. Y a propósito de estas cuestiones hace alinadas sugerencias sobre la adaptación de la arquitectura y el urbanismo a las condiciones climatológicas. Yo tengo al agudo crítico francés como un precursor de las actuales tendencias. "Esta poca anchura—habla de una calle española—haría poner el grito en el cielo a los partidarios de la civilización que no sueñan sino con amplias plazas y anchas calles." Los acontecimientos han dado la razón a Teófilo Gautier, pues está ya aceptado que las calles serán anchas o estrechas, según lo impongan el eli-

do y la plaza Real, porticada y melancólica, imprimen a la Barcelona de antes del desastre de Cuba un empaque señero de urbe completa.

Más tarde, la construcción de las Rondas parece obedecer a un designio siniestro. El destino mareante se tuerce cuando estas calles atenazan la ciudad antigua. Soplan vientos de fronda. El aprovechamiento de la energía hidráulica del Pirineo hace brotar un insospechado florecimiento económico, la máquina trastorna la inclinación marinera y el buen burgués desplaza su actividad hacia las comarcas rurales.

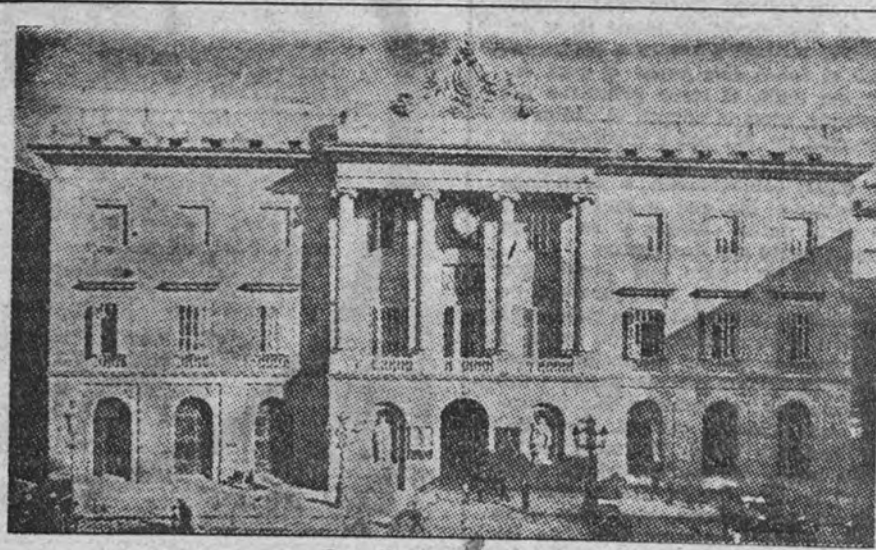
Hay un momento en la Historia de la Ciudad Condal que marca su alejamiento del mar. Es aquel en que se inicia el Ensanche. Barcelona crece a ritmo galopante. Los arquitectos están ausentes de esta tarea, y es un ingeniero quien lo proyecta. Sin embargo, no se olvida una sugerencia fundamental: el Ensanche comienza en una plaza, la de Cataluña, y tiene como eje central la gran avenida del paseo de Gracia. La idea primaria de una plaza, entronque de la parte vieja con la ciudad nueva, tiene realidad efectiva. La consigna elemental se tiene presente en aquella coyuntura tremenda. Porque no pueden, en modo alguno, acometerse ensanches sin ese espacio, vestíbulo forzado, que nos obligue a moderar o acelerar el paso, según nos dirijamos a una u otra zona.

El ensanche barcelonés puede ser una obra de ingeniería, pero jamás una obra de arquitectura. Las calles a cordel son de un atroz salvajismo estético. El sistema de cuadrícula es exclusivamente ingenieril, y como norma para la construcción de ciudades está desechado. El liberalismo en arquitectura ha caducado. En una ciudad de este tipo entrevemos algo así como una roñosa prolongación de un integral primitivismo, ya que la carencia de plazas y jardines nubla toda caliente impresión demótica y ciudadana.

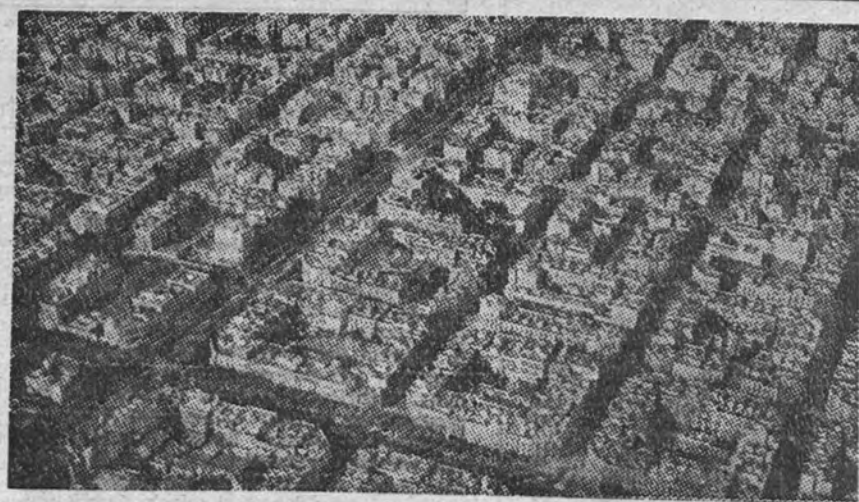
A la postre, el Ensanche es lógica consecuencia de la mesocracia. Y aquí reside la tragedia de la gran ciudad mediterránea. La prosperidad económica e industrial cobra auge en el peor instante de la arquitectura en Europa. La excesiva libertad de los arquitectos catalanes les induce a fantásticos sueños imaginativos. Y como secuela de esta exaltación cerebral surge una fanfarria vegetal y decorativa, una lamentable tendencia a la botánica y la mitología, que, favorecida por los organismos oficiales, hizo mascullar a don Miguel de Unamuno aquella frase displaciente de que Barcelona era una ciudad de fachadas, sólo de fachadas...

Corregir hoy los trazados es imposible. El Ensanche será siempre un conglomerado de estilos, donde los arquitectos, alardeando de fantasía, no han creado, en definitiva, ninguna línea arquitectónica eficiente. Es, pues, a mi juicio, una huella del liberalismo en arquitectura, a quien están negados valores de eternidad.

En este tiempo animado, de reconstrucción nacional, ¿qué hace Barcelona? ¿A dónde va? ¿Cuál es su cifra? La postura liberal, anárquica, no puede ya prodigarse. El funcionalismo pertenece a la Historia. Y Barcelona tiene ante sí dos problemas formidables: hacerse de nuevo una ciudad completa y crearse un estilo propio. Para esto último quizás no haya más que un camino: el clasicismo mediterráneo. La figura del arquitecto Juan Soler se agiganta. Así lo creo, por lo menos, cuando observo esta ciudad bajo el toldo de un galaico barroquismo.



La Casa de la Ciudad (edificio neoclásico del XVIII)



Vista aérea del Ensanche barcelonés

Por causas que no viene a cuento relatar aquí, la ciudad no vivió los momentos de crítica y erudición del barroco español. La protección real fué negativa. Y cuando la ciudad desbarata los muros de su núcleo medieval y se lanza a empresas de urbanismo, todo resulta un tanto mezquino. La recoleta plaza de Medinaceli, con sus escudillas palmeras, tiene, como todo lo raquíutico, un leve aroma de enclenque romántico. Sólo la plaza de Palacio despliega su garbo europeo. Mas en esta plaza la dureza neoclasicista dibuja en su simetría un acento de impulso frustrado.

Pero, de todas formas, dos edificios insignes son hoy recuerdo y testimonio de la Barcelona de finales del siglo XVIII: la Aduana y la Lonja. Aquél, debido al conde de Roncali, tiene acentuadas influencias francesas; éste, proyectado por el arquitecto Juan Soler, es un símbolo del academicismo borbónico. Ambos dan a

ma, el tráfico y otros problemas acerosos.

Pero hablemos un poco de la señorial calle de Fernando. La vida burguesa de la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX se desliza tranquila en esta arteria encantadora, la rambla florida, y bajo los porches de la plaza Real. Todavía hay en ellas un palpito de amorosas y políticas intrigas. Por ellas flota un soplo isabelino. Fulguraban las joyas tras los vidrios de los escaparates, y las tiendas de pieles, bisutería, paraguas, quincalla y confituras eran muestras de un bienestar sólido y estable. Rodaban las berlinas con alegre música de cascabeles y el seco restallo de las fustas. Y había un rumor de telas almidonadas en las noches de ópera del Liceo, a la luz azulena de los arcos voltaicos. Petimetres de chistera y negros mostachos piropeaban a las floristas de pañolón y de claveles. La calle de Fernan-

LA TUMULTUOSA BARCELONA

Por MANUEL BRUNET

EN un documental sobre Cataluña, sobre Barcelona, no puede faltar un capítulo sobre las enfermedades de la Ciudad Condal. Aquí no se engaña a nadie. La «pubilla» es víctima de la mística de las revueltas y revoluciones. Es un secreto a voces. Lo grave es que este capítulo me ha correspondido a mí. Tanto mejor, porque no haré quedar mal a la «pubilla».

Afortunadamente, lo que piden son unas cuartillas sobre lo pintoresco de las conmociones populares barcelonesas. Y éste sí que es mi tema. Lo pintoresco de lo catastrófico. Y que no haya sangre. Y si hay sangre, que no sea posible verla ni olerla. Acepto toda la iconografía de la Revolución Francesa con el asesinato de Marat en el baño y el rey Luis XVI en la guillotina. Una colección de grabados de la Revolución Francesa es el único aspecto amable de esa conmoción que todavía nos azota. Pero de la bomba sólo me interesa el resplandor con que los dibujantes explican una explosión. En una palabra: acepto de las revoluciones el punto de vista teatral, lo que el teatro no desdenaría y que desde los griegos hasta los cineastas es considerado como «elemento artístico». Quizá hay otro punto de vista más limpio, más puro, por más lejano y convencional: es el punto de vista de los dibujantes del siglo XIX, con aquel candor que muchos no perdieron nunca. Una carga de la fuerza pública, una carga de caballería, los cascos de los caballos centelleando sobre el empedrado, es un asunto que interesará siempre a todos los ilustradores del mundo. La escena, claro, es mejor presenciada detrás de los cristales de una ventana. Indudablemente emocionará a las personas de más sólidas ideas conservadoras y embriagará a los poseídos de la mística revolucionaria. Vista e imaginada por un buen ilustrador ganará enormemente en interés. Al fondo de la calle había un edificio público, un campanario o una chimenea, una vista urbana o un paisaje de suburbio. La composición tiene mucha importancia en esa clase de ilustraciones.

La experiencia de la vida me ha demostrado que las revoluciones barcelonesas las alimentan los místicos del desorden. En Barcelona son legión. He conocido docenas de ejemplares. Para ellos la revolución tiene como objetivo único la revuelta callejera. Del nuevo orden de cosas que la revolución puede traer tienen una idea muy vaga, y en realidad al verdadero poeta de la revolución creo que éstas son cosas que no le interesan mucho. Lo esencial es asistir a un espectáculo fuerte. Si el poeta es cobarde, lo contemplará detrás de los cristales de un balcón; si es valiente, estará en la calle, más o menos cerca del tumulto. Desde un despacho situado en la calle de Pelayo contemplé un día una carga de la Guardia Civil de Caballería. Había muchas personas en el despacho en aquellos momentos, entre ellas un poeta del desorden. A fin de excitar a la Guardia Civil, el poeta le echaba pequeños puñados de arena que había recogido en la plaza de Cataluña. Aquella lluvia molesta irritaba a los guardias, que mandaron, fusil en alto, que todo el mundo se retirara de los balcones. Hubo necesidad de sujetar al inconsciente provocador. Era un poeta del desorden y se pasó la vida soplando el fuego de las revueltas, y esa manía decidió su vida. Hay también el que necesita estar en la calle, en el lugar mismo del tumulto. En 1917 fué descubierto por la Policía un gran poeta místico de las algaradas callejeras. Era en la época de las manifestaciones autonomistas. En cuanto empezaba una de esas algaradas la Policía veía destacarse un individuo gigantesco con un bastón muy respetable. Y empezaba a repartir palos con un entusiasmo indescriptible. Por fin,



un día, en la plaza de San Jaime, la Policía le interrogó felicitándole. Y respondió: «Soy un aficionado.» Lo curioso del caso es que ese individuo no declaró a la Policía que él, ciudadano desconocido, tenía las mismas ideas que los manifestantes a los que apaleaba. No era un agente provocador ni estaba en contacto con ninguna organización política. Pegaba simplemente para enardecer a los manifestantes. Tenía la convicción de que era preciso engrosar las filas menos numerosas. Al día siguiente, en la Prensa catalanista, leía con enorme fruición las protestas contra la actitud de la Policía. Indudablemente ese hombre coleccionaba en su imaginación una serie de grabados de revueltas callejeras. Todos los partidos barceloneses han tenido innumerables místicos del desorden. Uno de ellos, que llegó a ser tristemente famoso y acabó muy mal, me decía un día ante una sangrienta

escena callejera: «Contempla la majestad de la revolución. Imagina que esto ocurre en cada calle y tendrás una idea de las probabilidades de una revolución grandiosa.»

Se ha dicho millares de veces que la inmigración es el factor que ha modificado el carácter de la ciudad. Es casi un dogma entre los barceloneses que los inmigrantes del sur de Levante han hecho de Barcelona una ciudad violenta y discolita. Contra esa teoría disertaba brillantemente mi amigo el escritor D. Carlos Capdevila, que era un admirador fanático de Barcelona, y se proponía escribir un trabajo en demostración de su tesis. Pretendía—y creemos que estaba en lo cierto—que mucho antes de la inmigración industrial las revueltas de Barcelona tenían igual carácter de violencia. Decía que es típicamente barcelonesa esa pasión por todas las ideas nuevas y que, tanto en el



orden de las ideas como en el de la violencia, era el barcelonés el que encuadraba a los forasteros. «Y ocurre—añadía—que esos forasteros, al entrar en contacto con un mundo ideológico insospechado, bullen como el barcelonés.»

Citaba mi amigo como revueltas típicas barcelonesas los vergonzosos estragos de 1835. Puesto que hemos renunciado a pasar revista—cosa imposible—a un siglo y medio de algaradas, nos contentaremos ofreciendo al lector dos o tres páginas antológicas de tumulto callejero barcelonés, tan excelentes como un buen grabado antiguo.

Epoca: 1835, o sea antes de la inmigración industrial. Libro: la «Historia general de España» editada en Madrid en 1853 por la librería de Gaspar y Roig. Hay en esa historia la que compuso el Padre Mariana; el escrito clásico sobre el reinado de Carlos III, por el conde de Floridablanca; la historia de su levantamiento, guerra y revolución, por el conde de Toreno, y la contemporánea hasta nuestros días, por Eduardo Chao. Es un libro típicamente masónico. Hay en ella una entusiasta apología de la Masonería, y todos los autores que han pretendido completar la obra del P. Mariana han escrito iluminados por lo que los francmasones llaman «las luces del taller». Pero lo que nos interesa en este momento es sólo lo pintoresco de la revuelta callejera barcelonesa, la calidad de grabado antiguo, muy barcelonés, que tienen esas ilustraciones.

He aquí la descripción del incendio de los conventos. Debe ser obra del hermano... Chao: «Así que llegó el rumor a Barcelona (el rumor de unos sucesos en Gadesa) los ánimos inflamados de sus moradores se exaltaron con igual deseo. Una mala función de toros sirvió de ocasión al desorden, y a la noche todos los conventos fueron asaltados por las turbas, armadas de teas incendiarias y de armas homicidas. El de Carmelitas Descalzas, situado en la Rambla, ardió con espantosa rapidez, cual si las llamas estuvieran poseídas del furor que les diera el ser; siguiéronle los demás; y fueron vanos cuantos esfuerzos emplearon las autoridades, faltas de medios de represión, para cortar los horrores de aquella espantosa noche. Oíase a un tiempo el clamor estrepitoso de las turbas que daban el asalto o celebraban el triunfo, el pisar de los caballos y los gritos de los jefes reclamando el orden, el crujir de las vigas que se desplomaban, los alaridos de los asesinos, los ayes lastimeros de las víctimas, y allí, más lejos, en derredor, el rebato de las campanas de los demás conventos implorando compasión y demandando auxilio a la autoridad contra la muerte que se les acercaba. No se salvaron sino los que estaban unidos a las casas o cerca de algún almacén de pólvora y los de las monjas. No eran muchos en número los que componían las turbas incendiarias; pero un gentío poblaba las calles y asistía como a espectáculo a tan horribles escenas.»

Lo terrible es la hipocresía de Chao, que está convencido de que los frailes, en general, tenían toda la culpa. Pero ya hemos dicho que en este momento sólo nos interesaba lo pintoresco. He aquí otra página típicamente barcelonesa, capaz de merecer la ilustración de cuatro o cinco dibujos. Se trata del linchamiento del general Bassa, en 1835:

«... los barceloneses abandonaron sus tiendas, fábricas y talleres; llenábase las plazas y las calles de hombres enfurecidos que claman: «¡Muera Llauder y muera Bassa!» El fuerte de Atarazanas dispara entonces el cañonazo de alarma; el pueblo, aceptando el combate, corre a las armas, y en breves minutos la plaza de San Jaime, donde están las Casas Consue-

(Continúa en la página 18.)

LA X FERIA DE DE BARCELONA

LA Feria de Muestras barcelonesa tiene de común con la de Leipzig —universalmente famosa— el origen juguetero. Fueron, en efecto, los constructores de juguetes de Nuremberg los creadores, hace justamente dos siglos, de periódicas exhibiciones de sus productos. Las humildes manifestaciones artesanas convirtieron al rodar de los años en estas asombrosas emulaciones industriales, cuya trascendencia y vastedad han hecho de Leipzig el centro mundial del comercio.

No es hora de encarecer el carácter e importancia de la Feria de Leipzig, harto conocidos en los medios comerciales. La ejecutoria del certamen alemán descansa en el número de certámenes a que ha dado lugar. En los intereses cuantiosos y en las organizaciones formidables creadas y mantenidas a la sombra de la tupida red comercial que son las Ferias de Muestras de Lyon, Bruselas, Milán, Basilea, Londres, Glasgow, Praga, Viena y otras de las que indudablemente tendrá noticia el lector. En las cantidades que para el desenvolvimiento y la actuación del sinnúmero de organismos dependientes de las Ferias aportan los Gobiernos y las municipalidades respectivas.

Barcelona, ciudad poseedora de una tradición artesana arraigadísima, mantenedora del espíritu gremial exaltado por José Antonio en palabras inolvidables, debe también al gremio de fabricantes de juguetes la celebración de sus anuales Ferias de Muestras, surgidas también con carácter particular, transformadas con el tiempo en esplendorosas manifestaciones de la clase de la que hoy se alza en los poéticos jardines de la bellísima montaña de Montjuich.

Fué D. José Paluzie, benemérito presi-

La celebración de estas Ferias, salvando tal cual intermitencia, va de los años 1626 al 1646. Más adelante decayó la costumbre, o no alcanzó por lo menos la importancia que revistiera por los días de que hemos hecho mérito. Fué, repetimos, en los albores de nuestro siglo cuando el esfuerzo gremial restableció la tradición, invistiéndola de la máxima importancia.

El título de «Feria de Muestras de Barcelona» llegó por primera vez al público de esta capital en 1918. A la sazón, y a guisa de ensayo, instaláronse en el extinguido Palacio de Bellas Artes y en el contiguo Salón de San Juan unas tiendas o pabellones de madera, conjunto exhibicionista acogido con curiosidad no exenta de simpatía. El público, compuesto principalmente de profanos, de paseantes dominigueros, respondió en masa. Para tanteo, no estuvo mal.

La manifestación, reproducida los años siguientes, planteó a sus animadores el problema angustioso que era procurarse cada vez un nuevo cobijo para los productos. Así pasó la Feria de Muestras del Palacio de Bellas Artes al de la Industria, especie de tinglado que, como otro residuo de los edificios integrantes de la Exposición Universal de 1888, alzábase en la parte baja del Parque de la Ciudadela. De aquí, en 1922, a las dos construcciones iniciales de la magna constelación inmobiliaria, pasmo de la Exposición Internacional. El calor del memorable certamen de 1888, que respirara al nacer, no fué para la Feria de Muestras mal presagio. Unicamente por influjo del marco que rodeara su infancia podía en plazo relativamente breve escalar el poético vergel que es el recinto de la última magna Exposición barcelonesa. Así y solamente así

«Salón de la Moda». El sorprendente éxito del primero, celebrado en el Palacio de Bellas Artes en el año 1918, movió a pensar en la conveniencia de infundir a la manifestación indumentaria carácter y fisonomía propios, extremo al que se llegó en años sucesivos. En la actualidad, y a cargo de las organizaciones sindicales, celébrase anualmente esta brillantísima exhibición del arte del vestido, nacida en el regazo de la Feria.

LA FERIA ACTUAL

Es la Feria de este año la décima de su historia y primera desde la liberación de la ciudad, lo que es tanto como decir realizada bajo la égida del Caudillo. ¿A santo de qué encarecer la significación y la trascendencia del suceso? Barcelona, Cataluña, han volcado el cuerpo y el alma en el certamen, ansiosas de ofrecer a España el espectáculo reconfortante de una economía recobrada a los tres años—no digamos del caos—de la quiebra de todos los valores. Afán altamente patriótico, por el que ha conseguido la dirección de la Feria resultados poco menos que milagrosos. Hace un año tuvo lugar en el Salón de Crónicas del Ayuntamiento la sesión constitutiva de esta X Feria. Las Cámaras del Comercio y de la Industria, el Fomento del Trabajo Nacional, el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, los Sindicatos profesionales, las jerarquías de la F. E. T. y de las J. O. N. S., puestas bajo directo patrocinio del ministerio de Industria y Comercio, pusieron tal entusiasmo al servicio de la idea, que apenas transcurridos doce meses de la primera reunión ha podido celebrarse la solemne sesión inaugural de la Feria, con la circunstancia de ofrecerse ésta a los ojos del visitante como algo perfectamente logrado. Esta vez al menos se ha evitado el espectáculo de una apertura precipitada, entre trebejos de albañilería y enseres de pintura, como ocurría en otros tiempos. Dos meses han bastado para levantar la Feria. Y en este récord de velocidad ha triunfado el magnífico Pabellón Marroquí, para cuya construcción han bastado quince días. El alcalde de Barcelona, Sr. Mateu, rindió en su discurso inaugural un justo tributo de elogio a los productores barceloneses, que jamás regatean su esfuerzo y su habilidad cuando del prestigio de la ciudad se trata.

El Ayuntamiento barcelonés ha cedido para la celebración de la Feria, dotándola de las condiciones necesarias, los dos grandes Palacios del Parque de Montjuich llamados cuando la Exposición Internacional de 1929 del Arte Textil y de Proyecciones, situados en el más amplio y bello recinto del Parque, rodeados ambos de jardines. La elección fué acertadísima, pues quedan a la entrada de los Palacios algunos bellos juegos de agua que, debidamente revalorizados, encuadran elegantemente la potente manifestación comercial.

El Palacio Central (antes del Arte Textil) ha sido destinado a la llamada Gran Industria, que comprende las industrias metalúrgicas, textiles, eléctricas, químicas y farmacéuticas, alimentación, agrícolas, de la construcción, del cuero y de la piel, del papel, de la telegrafía, telefonía y radio, del vestido y de la moda, artes gráficas, decoración de interiores, de la fotografía y cinematografía, juguetería y artículos de bazar, artículos para fiestas, pequeñas industrias, turismo, artesanado y economía y comercio.

El Palacio Lateral (antes de Proyecciones) cobija diversas industrias: artes gráficas, fotografía, cinematografía, óptica, juguetería, etc., además de las aportaciones extranjeras.

LA NUEVA EUROPA. EN LA FERIA

Ha sido este concurso internacional el que ha dado a la Feria barcelonesa de hogaño una categoría especialísima. Barcelona viene a ocupar dignamente el lugar de las afamadas Ferias europeas que en razón de las circunstancias han dejado de celebrarse.

Seis países concurren a nuestro certamen: Alemania, Italia, Francia, Suiza, Rumania y el Manchukuo. Otros muchos lo hubieran hecho también de no ser por la premura del tiempo y por la falta de espacio disponible en la Feria. Portugal, Dinamarca y Croacia han tenido que desistirse por estas razones. Una parte del Palacio de Proyecciones estaba contratada por Inglaterra. Las dificultades de transporte han hecho imposible la representación oficial británica, así como la de distintas Repúblicas americanas. Sin embargo, numerosas casas inglesas y americanas exhiben con carácter particular sus productos al lado de las firmas españolas.

Entre las aportaciones extranjeras qui-



El Pabellón Marroquí



El ministro de Industria, camarada Carceller, inaugura la X Feria de Muestras

dente de la Asociación Nacional de Fabricantes de Juguetes y Artículos de Bazar, quien concibiera en 1915 la idea de una Exposición dispuesta en los salones del Fomento del Trabajo Nacional. El interés despertado por los juguetes expuestos obligó a repetir la prueba al año siguiente. El éxito de la segunda competición, más acusado que el obtenido por la primera, movió al Sr. Paluzie y a los meritisimos colaboradores que con él compartieron la gloria de la iniciativa a reproducir la manifestación, llevada esta vez a los sótanos de la fábrica Batlló, hoy Universidad Industrial. La Feria barcelonesa, sin despojarse de las peculiaridades concurrentes a su nacimiento, se orientó a partir de ese instante hacia un amplio sentido de protección a las más diversas manufacturas. Diríase, pues, que la luz guiadora de los espíritus soñadores en un esplendente futuro comercial de la ciudad nació de la catacumba de la fábrica Batlló.

LOS ANTIGUOS «PARATS»

Barcelona recobraba con las Ferias de Muestras una costumbre añeja. En pretéritos días de poderío económico había tenido ya la ciudad sus Ferias, conocida por entonces con el nombre de «Parats». Las primeras de que se tiene noticia se remontan al año de 1447. Entre los «Parats» dignos de recordación registrados en el siglo XV cuéntase uno llamado del «Vidre», en el que los productores de cristalería invitaban al público a admirar los frágiles objetos en puntos y fechas determinados, único medio de crillar los daños y las dificultades nacidas del transporte.

era dable a la Feria de Muestras hermanar los nombres de Rius y Taulet y Miguel Primo de Rivera, figuras señeras que para los directores del certamen que nos ocupa son como un símbolo y meta a la vez. La gestión edilicia de Rius y Taulet vivirá en la memoria de los barceloneses tanto como tarde en extinguirse el renombre de la ciudad amada. El ministro de Industria y Comercio recordó oportunamente en el discurso inaugural de la Feria de Muestras lo mucho que los catalanes, tanto como los barceloneses, debemos al patriotismo del ilustre general que en los días de la Exposición Internacional presidía el Gobierno de la Nación.

COMERCIO CON AMERICA

Las Ferias de Muestras asumieron año tras año otro carácter, que por su especial significación importa igualmente recordar. Subtituláronla sus dirigentes «Loma Hispano-Americana de Contratación». El rótulo, atendido el interés de escapar a la hueca palabrería que por entonces caracterizaba toda manifestación encaminada a «estrechar lazos», tuvo momentáneamente real eficacia. Por él, a partir de la tercera Feria pudo contarse con efectivas aportaciones americanas. Argentina, Chile, Uruguay y otros pueblos hermanos nos honraron con su representación. Así pudo hospiciar la Feria un Congreso de las Cámaras de Comercio Americanas. Sin el colapso que los acontecimientos impusieron a los certámenes hubiese tomado esta corriente de intercambio hispanoamericano amplísimo vuelo.

En el haber de la Feria de Muestras precisa anotar todavía la celebración del

zús sea la alemana la que polariza la curiosidad de los visitantes, pues consiste en una exhibición completa de los nuevos materiales industriales que han adquirido mayor importancia en los tiempos actuales.

Esta exhibición germana, que ocupa totalmente el ala izquierda del Palacio de Proyecciones, pretende explicar a los visitantes los progresos realizados por la ciencia y la industria, enseñando la utilidad e incluso la necesidad de los nuevos materiales. Se trata de un conjunto de artículos y datos tan completo que resulta posible formarse una perfecta idea de este nuevo terreno, desconocido aún por muchos.

Entre los objetos que se exhiben figuran artículos prensados de resina artificial, papel endurecido para alta tensión, materia de relleno a base de tejido, fibras artificiales, madera contrachapada, laminas artificiales, vidrios, aceros sustitutivos, metales ligeros, caucho sintético, perlas, etc.

Este pequeño resumen demuestra el gran interés que despierta esta exposición



Con el cónsul alemán

DE MUESTRAS RCELONA



El Pabellón Marroquí

La exposición de nuevos materiales industriales, cuya importancia no tiene su origen en circunstancias temporales, sino que es la consecuencia natural de exigencias técnicas emanadas del afán de satisfacer, aumentadas, necesidades industriales.

El eminente director de la Asociación de Ingenieros Industriales Alemanes, doctor R. Ude, uno de los grandes propulsores de la novísima fabricación, ha dado en el recinto de la Feria una conferencia sobre la sustitución y ahorro de materiales y los problemas de la ingeniería de hoy y mañana.

Este sugestivo aspecto de la nueva ingeniería europea, con sus sorprendentes resultados, quedará como uno de los más destacados perfiles de la X Feria de Muestras de Barcelona.

El menor interés ofrece la participación italiana, organizada por el «Instituto Nacional Fascista» para el Comercio Exterior, también bajo el signo de los productos sintéticos. De este modo figura, ordenadamente representada, la industria italiana de las fibras nacionales y artificiales, industria que ha dado la más larga



El Pabellón de Alemania

y eficaz contribución a la realización de los programas autárquicos, cuya exposición tiende a demostrar las vastas posibilidades de la aplicación del rayón.

Gran participación está reservada a los productos de la industria mecánica, la cual constituye ya uno de los sectores más importantes e interesantes en el conjunto industrial italiano. La industria química italiana está representada por los productos colorantes y azoados, productos y especialidades farmacéuticas, películas, fotografías, etc.

Otras varias producciones (papel afiligranado, lentes, artículos de galalita, multicopistas, etc.) completan la exposición merceológica, que da, por lo tanto, al visitante una prueba evidente de los progresos conseguidos por la industria italiana.

Una exhibición especial del Turismo llama la atención del público sobre las bellezas naturales de Italia y de la organización hotelera y de transportes creada por el régimen para favorecer el mayor desarrollo del turismo nacional e internacional.

La participación francesa ocupa la totalidad del ala derecha del Palacio Lateral, y la integran una interesantísima colección de grabados antiguos y modernos, monedas, medallas, trabajos de artesanía, bellas porcelanas de Sèvres, etc. Figuran también en dicha participación exposiciones documentales referentes a la Ciudad Universitaria de París, a la obra que realiza el Secretariado General de la Juventud, creado por el mariscal Pétain, y a las relaciones económicas entre España y los territorios franceses de Ultramar.

La cinematografía y el turismo francés dan asimismo a conocer su perfeccionado desenvolvimiento actual. Los progresos técnicos realizados en materia de electrificación de ferrocarriles y de fabricación de nuevos modelos de locomotoras, presentados en tamaño reducido, llaman poderosamente la atención.

La participación francesa destaca particularmente el desarrollo de la energía hidroeléctrica y de sus múltiples aplicaciones industriales, así como los progresos realizados por las industrias de fabricación de maquinaria y de equipos para trabajos públicos, minas y fábricas siderúrgicas.

La industria textil francesa presenta sus últimas realizaciones adaptadas a las exigencias actuales de la producción, entre las cuales son particularmente notables los modelos ejecutados con tejidos de reemplazo. La industria del vestido, de tanto prestigio y abolengo en Francia, presenta asimismo sus mejores creaciones.

Por último, el Comité de las Industrias, arte y comercio del libro presenta una selección de las obras dedicadas en Francia a la Historia, a las artes y a la literatura de España, que es acompañada de una exposición de fotograbados, trabajos de imprenta, encuadernaciones de arte, etc.

Esta participación francesa ha sido completada con una tanda de ocho conferencias de carácter técnico, a cargo de conocidas personalidades francesas de la industria y artesanía; extremo importantísimo, que constituye una prueba de la inquietud espiritual reinante en las zonas directrices de la Feria.

Rumania presenta en el certamen, en un cuadro rebosante de color, las muestras más variadas de los productos agrícolas y de la industria rumana. La exposición nos sirve al mismo tiempo una imagen elocuente de la vida popular rumana en ilustraciones, fotografías y con objetos de artesanía y auténtico arte campesino. Para completar la visión y darle mayor significado han tenido lugar toda una serie de manifestaciones rumanas. En la sala de fiestas de la Feria se han exhibido varias películas documentales con aspectos característicos del paisaje y de la vida rumanos.

Una fotografía monumental preside la entrada del Pabellón de Suiza, que adornan banderas multicolores y motivos folklóricos. Completa este decorado la sumptuosidad de las telas expuestas en el fondo por la sección textil. En la parte central renombradas fábricas de maquinaria presentan productos de inmediato interés, a la par que un mosaico de fotografías ampliadas ilustran al público sobre la capacidad de la industria helvética. La industria relojera cuenta con un pabellón propio, donde puede apreciarse el elevado grado de técnica desarrollado en este aspecto.

Asimismo tienen sus secciones informativas la Oficina Suiza de Expansión Comercial de Zurich y Lausana.

EL PABELLÓN MARROQUÍ

La máxima atracción de la Feria la constituye seguramente el Pabellón Marroquí, que pone ante los ojos del visitante

un panorama completo de la riqueza y la vida de nuestra Zona de Protectorado. El Pabellón, construido de planta, es un acierto de líneas y de ambiente, y crea en Montjuich un ángulo de ensueño, a la par que envuelve una constatación de la hermandad entre el Imperio marroquí y el glorioso solar español.

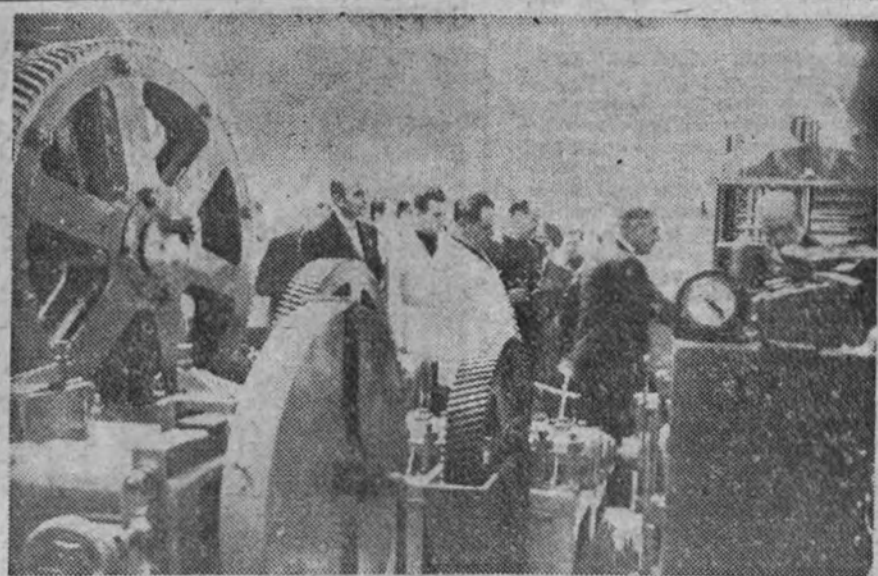
Las Escuelas de Artesanado de Tetuán, de las cuales es director el ilustre pintor Bertuchi, han emplazado en el Pabellón unos talleres en los que los alumnos marroquíes, muchachos de doce a veinte años, realizan ante los visitantes primorosas labores de repujado, cincelado y otras demostraciones artísticas, a base de las industrias primitivas marroquíes, con una agilidad y maestría consumadas. En un salón contiguo expone el Sr. Bertuchi numerosas telas originales sobre asuntos marroquíes.

En otro salón puede admirarse el gusto artístico y la riqueza campeantes en las instalaciones de un interior marroquí en sus diversos aspectos domésticos.

Se exponen asimismo innumerables y riquísimos objetos de las industrias artísticas de nuestra Zona de Protectorado, pertenecientes todos a la Alta Comisaría de España en Marruecos. También admiran los riquísimos tapices que cubren las paredes del patio árabe, muy superiores en calidad y belleza a los afamados de Rabat, y que son obra de la artesanía textil de diferentes regiones de la Zona.

No olvidemos la sección dedicada a la filatelia de Marruecos, que es una de las más valiosas del mundo, en la que se destaca la colección de S. A. el Jefe, que es estimada como una de las más completas que existen.

La Alta Comisaría de España en Ma-



Visitando una de las muestras de la industria pesada española

rruecos ha complementado esa manifestación con un ciclo de conferencias a cargo de destacadas personalidades especializadas en asuntos coloniales, bajo los temas siguientes: «La propiedad en Marruecos», «Ambientación marroquí», «Proyectos de revalorización de la Zona», «La labor de las entidades africanistas hasta la fecha», «Nuestra Zona de Protectorado desde el punto de vista forestal», «Economía marroquí» y «Sociología marroquí». El curso debe ser clausurado por el eminente escritor africanista y delegado de Educación y Cultura de la Alta Comisaría, don Tomás García Figueras, con una disertación sobre «Las reivindicaciones de España en el norte de África».

EL ESFUERZO ESPAÑOL

De entre las aportaciones españolas destaca por su jerarquía e interés extraordinario el pabellón del ministerio de Industria y Comercio, en el que se dan a conocer las nuevas industrias establecidas en nuestro país y el nuevo plan industrial de España. Los progresos de la autarquía española son señalados con datos fehacientes. En estos tres últimos años se han invertido 1.600 millones de pesetas en nuevas instalaciones y empresas declaradas de interés nacional.

El ministro de Industria y Comercio, en su discurso de apertura del certamen, dirigió en tal sentido un elocuente llamamiento a los hombres de empresa y a la juventud. «Estoy seguro—dijo—de que les impresionará la brillantez de estas aportaciones europeas a esta magna Exposición. Y ya que España se ha redimido por el sacrificio heroico de sus actuales juventudes, confiemos—yo tengo la seguridad

de que así lo entenderán—en que con el estudio y aplicándose a las labores de investigación, con tenacidad en el trabajo, dentro de unos años la labor de estas juventudes españolas habrá elevado el nivel científico y el nivel técnico de nuestra Patria al de los demás países de la comunidad europea.»

Y como anticipada respuesta a tan alta invitación las nuevas industrias autárquicas españolas han acudido en bloque al certamen, destacando las fabricaciones de instrumentos de precisión, sedas artificiales, relojería, etc.

La participación española en la Feria es realmente brillantísima. La nota culminante corre a cargo de la Metalurgia, que ocupa las dos grandes naves del Palacio Central. Le sigue en importancia la industria textil, con una exhibición conjunta de los dos grandes centros de Tarrasa y Sabadell. Como alguien ha subrayado oportunamente, España puede presentar ante Europa, en unos momentos en que todos los países del Continente tienen racionadas las prendas de vestir, el muestrario más completo y abundante de tejidos naturales.

EL PUEBLO POR LA FERIA

Ha sido nuestro intento dar al lector una idea sucinta del contenido e importancia de esta Feria Internacional de Muestras que, como exponente de la vitalidad de un pueblo, de la fe en los principios sacrosantos que son el trabajo y la virtud, se alza hoy en la montaña barcelonesa, redimida, como la ciudad extendida a sus plantas, de un pasado que no ha de volver.

El panorama resultaría, con todo, incompleto si no hiciéramos constar que la

efusión popular que aquí sella las grandes manifestaciones ha exteriorizado esta vez su sentir en forma impresionante y elocuente. Baste saber que el día de la inauguración oficial recibió la Feria 25.000 visitantes, cifra proporcionada a las entradas registradas en los días ordinarios. Que el público recorre atento y curioso las instalaciones, inquiriendo a menudo detalles y aclaraciones sobre cuanto su insaciable imaginación no consigue descifrar.

Huelga declarar que, como en las Exposiciones celebradas en todas partes, son las exhibiciones de tipo escenográfico las que atraen un mayor concurso. Que, según desde tiempo inmemorial acontece, no disimula el hombre de la calle el asombro, mejor diríamos el estupor, en el producido por el telar, la máquina, el compresor, el aparato, en fin, robados durante unos días al taller, a la fábrica o al laboratorio. Artefactos muchos de ellos que el hombre de la calle ve funcionar por primera vez; la trepidación de los cuales confunde momentáneamente el azar con las canciones de moda emergidas de los altavoces. Hace el contraste más vivo y sugestivo la particularidad de ver a una damita ultraelegante sorber el té a dos pasos de un productor abstraído en su trabajo.

Quizá el técnico comercial o un místico de la propaganda digan que la Feria no es precisamente «esto». Falta saber de parte de quienes está la razón: si de los preceptistas industriales o de los partidarios de que, por lo menos en Barcelona, deje Mercurio de vez en cuando el caduceo por la lira que un día cedió a Apolo.

Miguel DEL PUERTO

Lo que hay que ver detrás de la Feria

Por JAIME RUIZ MANENT

AQUELLOS de los españoles que no vivieron los treinta largos meses de cruel dominación roja en Barcelona, no pueden formarse idea de lo que son capaces de destruir los marxistas puestos a «regentar» la industria y el comercio de una región.

Conócese mejor lo que fué el pillaje en las casas particulares, porque esto ocurrió en todas aquellas regiones de España que tuvieron la desgracia de vivir sin el amparo de la bandera nacional. El registro de los hogares, el robo de alhajas y objetos de oro y plata, el saqueo de los Bancos, la destrucción de mansiones enteras, la incautación de muebles hasta no dejar más que las paredes; todo esto, por desgracia, fué moneda corriente. Más todavía, todo ello, al lado de la macabra aparición de las patrullas que llevaban al degolladero a los mejores españoles, fué la parte más triste, más dolorosa de la guerra civil, si se exceptúa la sacrilega profanación de los templos y de las personas entregadas a Dios.

Pero Barcelona, que vivió todo eso con una intensidad que pocas regiones de España conocieron, experimentó algo más, que si no llega tan al fondo de su alma, interesa más vivamente en la esencia de su economía, montada en años muchos de trabajo y afanes: el despilfarro de las reservas acumuladas en sus Empresas.

No se han contado esas pérdidas, pero nadie tiene que pensar que exageramos si las hacemos elevar a miles de millones. Así, tal como suena, fueron las pérdidas de los comerciantes e industriales barceloneses, aun descontados los muebles y alhajas que pudieron perder en sus casas particulares.

Hay que haber visto los almacenes de Barcelona en tiempos de prosperidad y haberlos vuelto a ver tras la catástrofe para imaginar la cuantía de las pérdidas. El comerciante, el industrial barcelonés tenía muchas veces todos sus haberes en esos almacenes, y en las fábricas, casi toda la mayor parte de sus bienes. Entrad en cualquiera de los depósitos que los comerciantes y fabricantes de tejidos tienen establecidos en la conocida zona textil, desde la calle de Trafalgar hasta más allá de la de Aragón, y desde la calle de Balmes hasta el Paseo del General Mola. Entrad y calculad la cabida de sus cuartos y la superficie de sus inmensas estanterías, vacías desde el dominio rojo y antes llenas a rebosar. Y pensad que, muchas veces, no había allí más que lo que no cabía ya en los almacenes de las respectivas fábricas instaladas a lo largo del Llobregat o del Ter, y que también fueron saqueados. Las piezas de tela de todas clases, que ayer estaban y hoy no existen, hay que calcularlas por millones.

Al traer el acostumbrado ejemplo de la industria textil, no hacemos sino aducir una de las muchas ramas en que se divide la potencia económica de Barcelona, aunque indudablemente la más importante. Pero Barcelona es mucho más que eso. Está la industria metalúrgica. Aun sin poseer minas apreciables, sin un solo alto horno en la región, es decir, sin minería y casi sin siderurgia, sólo el valor de los metales manipulados en Barcelona anualmente antes de la guerra se elevaban a 157 millones de pesetas, sobre un total de 940 millones en España, cedido por poco el primer sitio a Vizcaya, que acusaba un valor de 184 millones. Pues también en ese ramo, las reservas acumuladas eran verdaderamente imponentes. La producción de un año no puede compararse con el valor de las reservas de materia prima, pues al industrial barcelonés no le gustó jamás vivir al día.

Si uno tras otro hablásemos de todos los ramos de la actividad que se desarrollaba en Barcelona, las proporciones de este artículo se agrandarían excesivamente y cansaríamos tal vez al lector. Sólo queremos recordar que apenas hay aspecto industrial o comercial en que Barcelona, si no marcaba la pauta dentro de España, por lo menos pesa en la balanza. Son un sinfín de artículos, aun los más extraños, los que aquí se fabrican o aquí se almacenan para distribuirlos por toda la Nación. Sumadas las reservas de todos ellos, construyen las sumas fabulosas de que más arriba apuntamos. La producción anual de la industria catalana se calculaba, pocos años antes del Movimiento, en 5.204 millones de pesetas, que se descomponían por grupos de industrias

en la forma siguiente: Industrias de la alimentación, 495 millones; textiles, 2.998; pétreas y mineras, 266; metalúrgicas, 430; de la madera, 254; químicas, 162; de la celulosa, celuloide y caucho, 175; locomoción, 159; servicios públicos, 355. Estas cifras pueden ayudarnos a formar alguna idea de las pérdidas sufridas, teniendo en cuenta que el despilfarro de los rojos representa no la producción de un año, sino de muchos años.

Hemos hablado de las existencias en los almacenes. No es todo el aspecto de las pérdidas sufridas. Están las cuentas corrientes en los Bancos. Están las cuentas corrientes entre unos y otros comerciantes e industriales. Este último aspecto es menos conocido y tenía antes de la guerra una importancia capital. Los plazos que se concedían para el pago de las mercancías solían ser muy largos: los más breves, de un mes y el mes de la fecha; con mucha frecuencia tres y hasta seis meses. Los capitales que todo esto representaba en una plaza comercial como Barcelona son incalculables. Conocemos una Empresa de industrias gráficas que tenía invertidas así 900.000 pesetas. Una Empresa de Artes Gráficas..., una piedrecita en medio de una playa.

¿Qué se hizo de este dinero, de esas cuentas corrientes con los Bancos y de los comerciantes entre sí? Si en tiempos normales se dictase de repente en una plaza una orden de liquidación inmediata

los Tribunales franceses declaran legales esas operaciones.

Los marxistas, en bastantes casos, ya para ejecutar una venganza, ya dando rienda suelta a sus malos instintos durante su retirada, destruyeron, por el incendio o el bombardeo, buen número de fábricas, algunas de las cuales no han podido remontarse todavía a los tres años de paz. Pero las pérdidas causadas de esta manera son menos que las que importan los deterioros ocasionados por el traslado de máquinas y de fábricas enteras.

Los «racionalizadores» puestos al servicio de la «revolución» fueron una verdadera plaga. Importando teorías mal digeridas, de tierras exóticas donde la industria está montada no para servir a una nación, sino a todo un mercado mundial, quisieron convertir de la noche a la mañana la industria, muchas veces familiar de los barceloneses, en una industria que pudiese competir con las de afuera. Si de un determinado artículo había, por ejemplo, veinte fábricas y talleres, no había más que juntar toda la maquinaria de ellos en un solo y grande edificio, y la racionalización estaba hecha. El resultado único fué dejar muy malparadas las máquinas con el ajeteo de los cambios ejecutados por manos torpes.

Y no hablémos ya de las pérdidas representadas por los malos tratos, faltando el ojo del amo y sobrando los renco-

también la explicación de la modalidad que ha adquirido la industria catalana, industria más bien individual, doméstica, basada en la aspiración de un individuo, de una familia, a un bienestar material, no muy grande, pero si firme y continuado. No hay que buscar en Cataluña las inmensas fortunas, pero será difícil encontrar en parte alguna de ella la miseria. Acusaba ya ese carácter en el siglo XIV el cronista de los Reyes de Aragón, Ramón Muntaner, uno de los hombres de su tiempo que más había viajado por el extranjero, al decir: «Catalunya ha començament pus ric poble que negú poble que io sàpia ne haja vist de neuna provincia, si bé les gents del món la major part los fan pobres. Ver és que en Catalunya no ha aquelles grans riqueses de moneda de certs hòmens senyalats, que ha en altres terres; mas la comunitat del poble es lo pus benanat que poble del món e qui viuen mills e pus ordonadament en llurg alberg, ab llurs mullers e llurs fills, que poble qui e'l món sia.» Lo cual, traducido literalmente al castellano, dice: «Cataluña tiene comúnmente un pueblo más rico que ningún pueblo que yo sepa ni haya visto de ninguna provincia, por más que las gentes del mundo en su mayor parte los creen pobres. Verdad es que en Cataluña no hay aquellas grandes riquezas de moneda de ciertos hombres señalados que hay en otras tierras; pero la generalidad del pueblo goza de mayor bienestar que ningún otro pueblo del mundo y vive mejor y más ordenadamente en sus casas, con sus mujeres y sus hijos, que otro cualquier pueblo del mundo.»

El individualismo es a la vez la gran fuerza de la economía catalana y el origen de sus defectos, que no son pocos por cierto. Ese individualismo hace, es verdad, difícil las empresas de gran envergadura, pero afirma con raíces imposibles de desarraigar las empresas prudentes.

Fuó necesaria una revolución como la que trajo el marxismo en julio de 1936 para que los cimientos de esa economía se conmoviesen. Las reservas acumuladas muchas veces en varias generaciones, de padres a hijos, basadas en el sudor de varias vidas dedicadas al trabajo, fueron aventadas como paja en pocos meses de dominación comunista, según antes hemos dicho.

El mayor peligro que ese hecho encerraba no era ya la dificultad de remontar las Empresas que se habían quedado sin reservas, sino que el cataclismo hubiese destruido esa base principal de la economía catalana: la voluntad de los catalanes para el trabajo.

No se crea que exageramos. El peligro existió, y muy grave. Cuando las banderas del Caudillo entraron en Barcelona en aquella mañana gloriosa del 26 de enero de 1939, los comunistas habían avanzado mucho en la obra de destrucción de esa calidad personal y regional de que hablamos. Los patronos, empobrecidos, saqueados sus haberes, mofados, acosados por espacio de dos años y medio, no estaban en situación de ponerse manos a la obra en la reconstrucción de la industria. Lo propio ocurría con la parte más selecta de los obreros. Acostumbrados durante toda la época marxista a verse postergados los más capaces y más hábiles, mandados por los haraganes y chapuceros, estaban sumidos en un escepticismo atroz.

Todos ellos recibieron con la alegría de quien pasa de muerte a vida a las tropas nacionales. Pero en aquel momento no pensaban en la reconstrucción de sus haciendas, a la que no daban ningún valor. Se había salvado lo principal: volvían a sentirse personal; esto era todo. Para luchar otra vez estaban demasiado cansados.

Pasaron muchos días, semanas, meses, antes de que el espíritu de empresa y la voluntad del trabajo volviese a muchas de aquellas gentes resucitadas. Momentos hubo en que muchos dudaron de si volverían nunca más sus fábricas, sus talleres, o si, una vez abiertas, funcionarían más que para cubrir el expediente. Luego resurgió la fuerza racial, lo que no muere. Volverían a empezar. Harían la cuenta de que habían perdido toda una vida de trabajo. Empezarían otra vida nueva. Cosa dura, por cierto, cuando pasan

(Continúa en la página 13.)



Las autoridades barcelonesas visitan un pabellón de la Feria durante su montaje

ta de todas esas cuentas, la plaza en cuestión no perdería monetariamente nada. Sencillamente, el dinero cambiaría de calle, quedándose todo dentro de la ciudad.

No ocurrió así por cierto en Barcelona. Todos aquellos capitales fué como si se los llevase el viento. De ellos no queda nada. Sirvieron, en el mejor de los casos, para mantener a los obreros en años seguidos de vagancia. Con más frecuencia sirvieron para pagar las franquicias de los Comités de control de las respectivas Empresas.

Otro aspecto de las pérdidas sufridas bajo la dominación marxista es el de la maquinaria y el utillaje general de las industrias. Verdad es que en este aspecto los rojos parecen haber sido más conservadores. Desde luego, no podían roer el acero para satisfacer el hambre a que su mala cabeza les llevó. La maquinaria en general no tenía valor en unos momentos en que, por falta de materias primas unas veces, y por pereza otras, no tenía en qué aplicarse.

Las pérdidas fueron menos, pero fueron, a pesar de todo, considerables. De la maquinaria mejor, de la más delicada y más nuevecita, se hicieron regalos... ¿A quién?, no sabemos. Alguna fué a Rusia, otra mucha se quedó en tierras de Francia. De esa maquinaria se ha intentado reclamar la que se quedaron nuestros vecinos y devolverla a sus dueños, pero en contados casos esas reclamaciones han surtido efecto. Fué vendida por el «Gobierno» de Negrín al de Blum, es decir, fué una transacción entre dos «Gobiernos» que mutuamente se reconocían, y

res, dentro de la misma fábrica, entre los obreros y el Comité de control, o de los obreros entre sí. Los actos de sabotaje fueron incontables. Aun hoy día, a los tres años de terminada aquella terrible pesadilla, los mecánicos luchan denodadamente para hacer funcionar unos hierros que, al contacto con el marxismo, quedaron averiados para siempre.

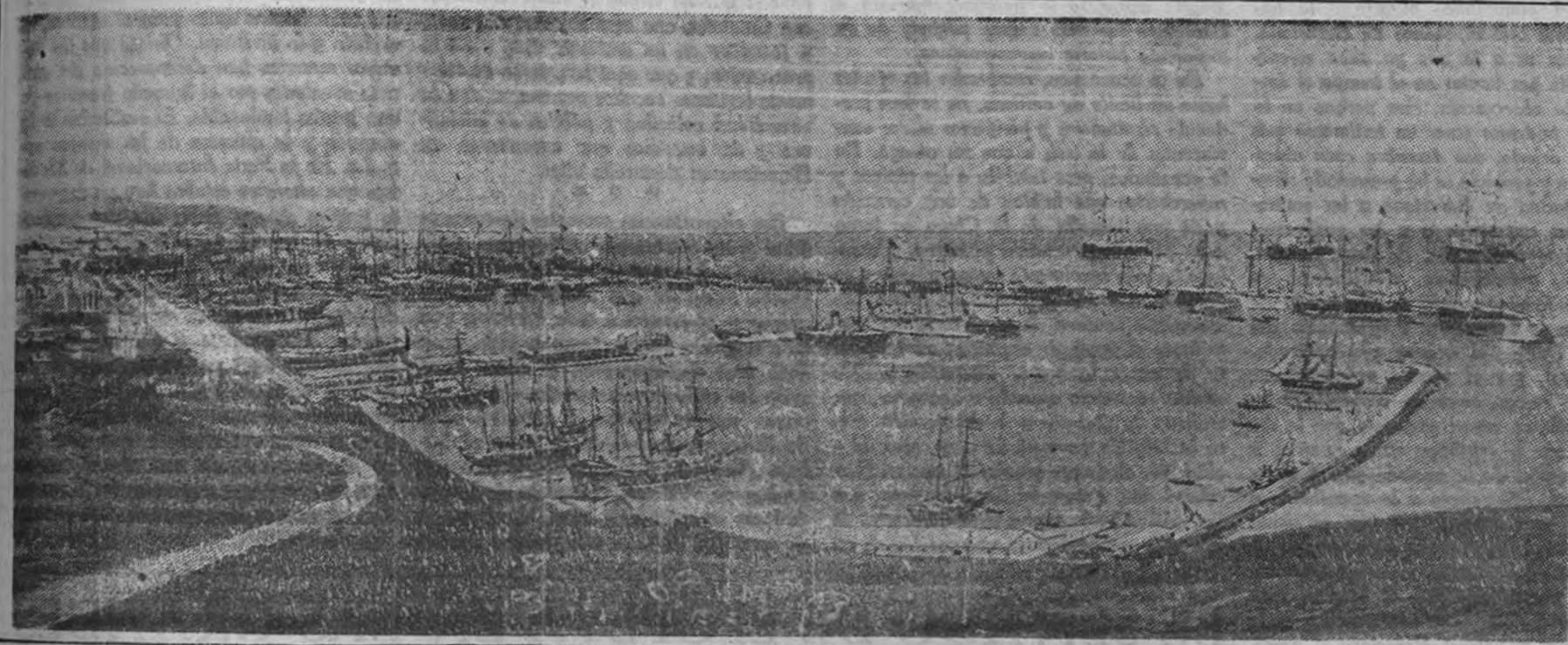
La base de la potencia industrial y comercial de Barcelona está en la aptitud económica de los barceloneses. «Los catalanes, de las piedras sacan panes». Este proverbio dice en pocas palabras cuán poca es la base natural de la economía catalana y cuán recio han tenido que luchar en Cataluña para levantar el enorme edificio de su economía. Materias primas, prácticamente no las hay. Se trabaja el algodón que viene del extranjero, la lana de Castilla y Extremadura, el hierro de Vizcaya... El mercado, no digamos ya el regional, que es pequeño, sino aun el nacional, no es suficientemente extenso para montar una gran industria a la moderna, que exige muchas veces, bien una nación muy poblada, bien un mercado mundial.

A falta de semejantes premisas, la industria y el comercio de Barcelona tienen que cimentarse sobre una base de una naturaleza muy distinta, pero no menos positiva que la existencia de materias primas o un gran mercado: una voluntad firme y decidida de trabajar sin descanso y una habilidad natural para desarrollarlo.

Ese es el secreto de la famosa transformación de piedras en panes. Esa es

Barcelona, constante puerta de Europa

Por CARLOS SENTIS



DE nuevo Barcelona logra infiltrarse entre la guerra para asomarse a Europa. O, mejor, hacer que Europa vaya a ella para mostrar algo más nuevo y menos monótono que instrumentos de guerra.

Barcelona, a través de tantas vicisitudes, a través de tantos trastornos, que hubieran acabado con la moral de cualquier otro país, en lo más agudo de las crisis da la máxima señal de no querer someterse a la mediocridad de los tiempos.

No podría la capital mediterránea dejar pasar ni un lustro, ni un año, sin que sus ojos tamizasen lo nuevo que haya por Europa o lo naciente que el genio europeo haya puesto en circulación.

Nunca he sabido exactamente si en estas Ferias y Exposiciones, apoyándose en las cuales asciende Barcelona como un alpinista lo haría con sus picos y cuerdas, de lo que se trata exactamente es enseñar a los extranjeros los productos de Barcelona, o, por el contrario, organizar cómodamente en casa una exhibición de novedades extranjeras para poderlas utilizar sin pérdida de tiempo. Siempre se trabaja mejor a domicilio, y así, para aprender, con eso se puede manejar el "microscopio", procedimiento analítico mucho más comercial. No es ya necesario el "telescopio" o el salir fuera, ir lejos, procedimiento sintético que sólo pueden llevar a término algunos industriales técnicos, y que, como es natural, llega tarde y mal al grueso de la producción organizada.

Hasta ahora en Barcelona ya se manejaban con bastante soltura estos juegos ilusionistas de "nilons", fibras, rayons y celulosas, con las cuales se obtienen cosas que parecen que son, y no es que no sean, sino que son otras cosas. España, país muy realista, todavía no acaba de entrar en este vértigo de los substitutivos: carbón que no es carbón servirá para cristal que no es cristal, que a su vez sirve para go-

ma que no es goma, y ésa para unos tirantes que supongo que ya no servirán para otra cosa porque se rompen. En algún sitio tenía que acabar la correa sin fin, y en los tirantes la materia encuentra sitio cómodo y muy a propósito para romperse.

Barcelona — ya ha empezado — adelantará mucho con esta Feria en el arte del ilusionismo tan verdaderamente real, a causa de la guerra. Con mucha nostalgia para el "pan, pan, y vino, vino", las celulosas van avasallando máquinas. Es el signo del momento, y Barcelona no podría, aunque quisiera, dejar de hacerse eco de cualquier clamor europeo.

Es el receptor de España. Es también el adelantado. Cataluña toda es quizá lo más europeo de Europa.

¿Y es por esta razón extranjerizada?

Tenía cierto interés en llegar aquí, porque a veces no es tan fácil matizar estos dos conceptos. Europeizada, pero no extranjerizada. Primero, porque España es Europa, ¡y con qué honor!... La gran Europa, la vieja, la eterna. Y en segundo término, porque este concepto tan europeo de Barcelona (y ya empieza geográficamente) está puesto todo él al servicio de España.

Y esto es una verdad tan constante, es un enunciado tan axiomático, que nada ya pesa casi en el concepto general la particularidad industrial, manufacturera o comercial.

No es gracias a la industria moderna, ni siquiera a las comunicaciones de estas últimas décadas, que Barcelona ha jugado este papel.

En cualquier momento de la Historia se opera esta función de puesta en contacto con Europa, y contemporáneamente aparece ya el enérgico reversivo a todo intento de subversión de valores que sean auténticamente españoles.

Citaba esotro día cómo fué Jal-

me I el Conquistador quien ante reacios nobles de sus provincias del interior mostraba el desinterés y la decisión de los catalanes de ayudar a Castilla contra los sarracenos, invocando, además del concepto divino, la coherencia política de tierras españolas. Visión ésta que figura como uno de los primeros atisbos de lo que después había de ser la gran España.

Pero, por mucho más cercano y porque aquí hay tentaciones del extranjero claramente concretadas, constituye un hecho más revelador y ejemplar la posición catalana, y barcelonesa en particular, en las guerras que con los distintos regímenes franceses sostiene nuestra Patria, a caballo de los siglos XVIII y XIX, con nuestro vecino y gran país. El momento más preciso de entre todas estas y otras aludidas situaciones — aún más que la guerra del Rosellón — fué cuando Bonaparte decidió jugar a fondo esta cuestión, desglosando Cataluña del conjunto español.

Pero, igualmente, cuando contemplo el retrato del general Dugommier, que con tan airosa pluma en penacho pintara Goya con un ahorro de elementos verdaderamente asombroso, pienso siempre en la decepción que se llevaría ante la reacción de los catalanes frente a los ofrecimientos que con tan buenas maneras como inteligencia les hiciera después de ocupar el Rosellón. Los revolucionarios de París que cultivaban la misma creencia no quedaron menos desmontados. ¿Y qué diríamos del manifiesto a los catalanes lanzado por el célebre Augerau en Girona en marzo de 1910 y publicado incluso en el "Diario de Barcelona"? Sugestiva literatura donde se ofrecen cosas que hasta entonces se habían negado a los catalanes. Nuevos comercios con Oriente, repoblación, Gobierno... "Napoleón en Gran us va a donar un nou ser. Les seves paternals mirades us han fixat; la vostra sort la interessat i sou sota la seva podero-

sa protecció, etc., etc.", decía el manifiesto, así presentado, en catalán, entre otras mil sugerencias sibilinas.

Y con todo eso en ningún sitio del mundo encontró Napoleón una resistencia más irreductible. "Mientras existeixi un catalá será enemig de Napoleó", podía afirmar la Junta Superior Catalana.

Los "franceses de España", como les llamó un general napoleónico entre alabanzas, replicaron como inmejorables "españoles" de España.

Foy, general francés, entre otras cosas escribe en su "Historia de las guerras peninsulares": "En parte alguna de la Península se tiene tanta sed de libertad y de independencia. En parte alguna los padres transmiten a sus hijos tanto odio contra los franceses, sus vecinos." Las mismas o parecidas cosas dice el general italiano Camillo Vacani, que vino a luchar con las huestes napoleónicas.

Lo mismo en guerra que en paz. Lo mismo en unas épocas que en otras, Cataluña, en los trances difíciles, ha cumplido con la autenticidad española.

Los ideales son los móviles principales de esta región, aunque paradójico pueda parecer a algunos. El error de equivocar algunos, como ocurrió con el pleito de Don Juan de Austria, le han llevado precisamente por sus peores trances. Certeros o no, son los ideales los motores de sus movimientos históricos.

Hoy Cataluña, en la paz, contra viento y marea, consigue con un trabajo oscuro de cada hora y cada minuto una recuperación y perfección industrial insospechada, y que ella revierte al servicio de España concienzudamente y con alegría y entusiasmo.

Quizás sólo con las Ferias y Exposiciones encuentra ocasión propicia para poderlo decir y sentir así una satisfacción tan noble como legítima.

La ciudad fecundante y fecundada

Por **LUIS DE GALINSOGA**

UNA panorámica mirada a la historia contemporánea de Barcelona, que es a la que yo debo referirme no sólo por limitar en el tiempo el ámbito de la observación, sino porque en lo coetáneo podemos tener un testimonio más vivo del acierto, nos descubre cuán abierta, franca y propicia se ha presentado siempre la ciudad de Barcelona a las empresas, a las iniciativas y a los quehaceres personificados en gentes de fuera de ella. Ha b'lo, naturalmente, refiriéndome en áreas positivas y creadoras. No puedo referirme a lo anecdótico y epidérmico del turismo. Porque el turismo está integrado, en general, por el prurito deliciosamente banal de buscar, como las oropéndolas los climas cálidos, aquel ambiente que le sea grato y que le retribuya en lo epicúreo o en lo erudito, de la pecunia que él vierte a su paso. Me refiero a lo económico, a lo social, a lo político, a lo que, en suma, constituye el acervo del vivir ciudadano en cuanto la ciudad es un organismo vertebrado y creador. Pues los anales, repito, nos dicen que en lo económico y en lo social y en lo político Barcelona es acaso, y ha sido, la ciudad más abierta del mundo para acoger la semilla con que desde fuera, y gentes de fuera, la fecundaban. Tan abierta y acogedora, tan liberal en esto y tan complaciente, que muchas veces hubo de llorar con lágrimas de sangre la generosidad con que se entregaba a la posesión de los forasteros. Esto también lo atestigua un simple repaso de los anales. Porque de esto está plagada, en el sentido bíblico del concepto, la historia de Barcelona. Quienquiera se aclimate en el ambiente barcelonés, y en general catalán, y lo cale hasta los estratos y el fondo, podrá maravillarse de que en un clima moral y hasta físico tan suave, tan emoliente, tan dulce y armónico como el de la tierra catalana hayan podido vivir, agitarse y, lo que fué más aciago, prevalacer, las revulsiones epilépticas y las agrias reacciones de movimientos sociales y políticos en pugna con la idiosincrasia del país y con el tranquilo y placentero carácter de sus naturales. El fenómeno tiene una clave, y la clave tiene un nombre: importación. Rigurosa mentira aquella de los finales del siglo XIX, traspassada luego al ciclo joven del XX, respecto a la aspereza y rebeldía, por ejemplo, del obrero catalán. Aquí el virus anarquista, como entonces se llamaba, degenerado después en la infección comunistoide, fué importado o del extranjero o de otras provincias españolas. Y en lo político, si aquí se pudo dar la vergüenza, que es infamante para la historia de Barcelona, de aquella semana trágica de 1909, heraldo siniestro y precursor de los aquelarres de la chusma durante el quinquenio republicano, fué porque Barcelona acogió, con su liberalidad proverbial, y se abrió a la fecundación con su consabida actitud pasiva, a pícaros, aventureros o delincuentes políticos que de diversos confines de la Nación arribaban aquí como un despojo más entre los despojos humanos, turbia resaca de todo puerto de mar. Algún día habrá que buscarle también la clave a esa gran parte del descrédito, del desprestigio y por consecuencia de la quiebra del principio unitario español entre gentes de buena fe catalanas; porque algún día—acaso sea pronto para discriminarlo con la serenidad histórica precisa—se caerá en la cuenta de que no eran los mejores embajadores del prestigio español en Barcelona aquellos que ponían su españolismo sólo en la cinta del sombrero y que luego lo ultrajaban hasta la ignominia en las arengas y en la acción directa de allanar conventos, violar religiosas y quemar iglesias. Si Barcelona no hubiera sido tan fácil, pese a toda la leyenda que la acompañaba y la ensombreció, a que gentes advenedizas, indocumentados en el estricto sentido de la palabra, profesionales del delito y forajidos de toda laya la fecundasen con las taras inmundas de su

sangre, acaso se le habrían ahorrado a Barcelona las más negras páginas de su turbulenta historia contemporánea.

En lo económico, cambiados los efectos hasta un límite de antítesis, no se han producido resultancias y peripecias menos convincentes de la tesis a que me atengo. En lo económico, pese también a los tópicos y supercherías que hablan de una cerrazón y de una muralla de la China en torno a la privativa iniciativa catalana, Barcelona ha sido igualmente campo abierto a la fecunda empresa que venía de fuera. Un ejemplario nominal de casos sería indiscreto hasta el punto de desmentir mi propósito de poner la mayor discreción posible en este raciocinio ajeno a cualquier sentimiento de simpatía o de desafección. Pero la relación nominal de esos casos aduciría una elocuente prueba de que en Barcelona han triunfado, imponiéndose con los méritos intrínsecos o circunstanciales de su acción emprendedora, una porción de es-

pañoles que no tenían el menor entronque con Cataluña, que aquí llegaron dispuestos a fecundar en un ambiente apto para la procreación, y que aquí levantaron no solamente legítimos peculios personales, sino la virtualidad colectiva y pública de iniciativas y de empresas que encontraron en Barcelona su desarrollo vital.

* * *

Las circunstancias presentes de anormalidad y de trastrueque en las leyes clásicas de la Economía ofrecen también una prueba plena de que Barcelona se halla abierta y propicia a toda iniciativa y a toda sugestión que de fuera le llega, si le llega bien dispuesto para el amor. Aquí están los catalanes con su espíritu de empresa, con su legítimo y plausible afán de lícitas especulaciones mediante el trabajo. Pero aquí está también, junto a este carácter de virilidad, el espíritu de la ciudad con su actitud femenina, en el sentido de receptora de la semilla exterior que ha

de fecundizar sus entrañas. Los tiempos son sobremedida aptos para el agilibus, el arbitrio y la inventiva. Diríase que las primeras materias han desaparecido del planeta aventadas por el huracán frenético de una guerra implacable. El sustituto es la obsesión y la quimera de los tiempos actuales. En la Feria Internacional de Muestras que ahora se celebra hay un exponente gráfico de ese doble carácter emprendedor de los catalanes y acogedor para las empresas que las gentes de fuera ingan o promueven. Porque en esta Feria de Muestras puede comprobarse cómo el trabajo que produce y que manufactura está asistido aquí por la colaboración de de toda clase de gentes sin exclusivismos provinciales ni regionales, sin barreras corrilles ni antagonismos de latitud. Esta Feria de Muestras, sin esa caracterología dual de Barcelona que engendra y que se deja engendrar en su entraña, no hubiera sido posible.

EL SENTIDO DE EPOPEYA EN LAS GRANDES CRONICAS CATALANAS



Claustro de la catedral de Barcelona, por Gabriel

(Viene de la página 7.)

rino y de gran guerrero, Boccaccio lo celebra, después de Saladino, en la «Amorosa vision»:

... seguiva dal sinistro canto
tutto armato Euggier della Loria
che en arme ebbe già valor cotanto.

El tercero de los grandes cronistas catalanes, Ramón Muntaner (1265-1336), es un caso típico de escritor y guerrero, como tantos otros que ha dado España. Sus propias memorias, que integran la parte principal de su libro, constituyen una verdadera epopeya: la gesta de los catalanes y aragoneses que en Oriente humillaron el orgullo de los bizantinos, derrotaron el poder del turco y hallaron ocasión para vencer a Francia, la secular enemiga de la Corona de Aragón. Ramón Muntaner combate por todo el Mediterráneo: interviene en la conquista de Menorca, defiende

de Sicilia contra los Anjón, resiste en el sitio de Mesina, forma parte de la expedición mandada por Roger de Flor y es gobernador de Galipoli, y luego de Djerba, isla próxima a Túnez, y desempeña cargos de confianza impuestos por sus Reyes. Su intervención en la expedición a Oriente y la precisa y emocionante relación que de ella nos ha dejado le ha valido el ser comparado con Jenofonte, parangón que acrecienta el hecho de que la gesta de los almogávares tiene algunas veces el mismo teatro que la expedición de los diez mil acaudillados por el prosista ateniense. La parte de la crónica de Muntaner que se refiere a este episodio tiene atmósfera de guerra y de heroísmo y tal sentido de hermandad de armas, sentida por jefes y soldados que luchan en tierras apartadas y que reinan sobre el terreno que pisan, que el lector no puede menos que pensar en nuestras campañas de Flandes y

de Indias y en los momentos más gloriosos de nuestra actual Legión. Son tropas deshechas, sucias, mal armadas y peor comidas, que con sus hondas y sus flechas destrozan a la Caballería francesa, cubierta de ricas y poderosas armaduras, superiores en armamento y en número a los almogávares, deben figurar en la genealogía de nuestros tercios pasados y presentes.

Pero, además, Muntaner es un historiador fiel; gracias a su crónica se pueden contrarrestar los ataques despiadados contra los españoles de historiadores bizantinos como Pachymeras, aunque su testimonio casi siempre refuerza la historicidad de los hechos relatados por el cronista catalán. La figura de Roger de Flor es el centro de la epopeya de los almogávares; este caudillo, César y «Megaduch» del Imperio Bizantino, cuyo cobarde asesinato suscitó la famosa «venganza catalana», que todavía es un proverbio por aquellas tierras, aparece en la crónica de Muntaner con todas las características de un héroe de epopeya o de libro de caballerías, rodeado de sus guerreros, de carácter recio e intransigente, como Berenguer de Entenza, Fernando de Ahonés, Bernardo de Rocafort, Ferrando Ximénez de Arenós, el caballero mozo Corberán de Leet, muerto por una flecha turca en Anatolia y enterrado al lado del cuerpo de San Jorge—¡qué más puede desear un guerrero aragonés!—, y el propio historiador Ramón Muntaner. Es tan maravillosa la gesta de los almogávares y tan heroica la personalidad de Roger de Flor, que, un siglo después, cuando Johanot Martorell y Martín Juan de Galba escribieron aquel libro de caballerías tan preciado por Cervantes, el «Tirant lo Blanch», salvado del fuego que purificó la biblioteca de Don Quijote, trasladaron los hechos descritos por Muntaner a un plan novelesco, atribuyendo a Tirante las heroicidades de Roger, y sin necesidad de falsificarlos ni de exagerarlos crearon un libro de imaginación que para muchos—fray Antonio de Guevara entre otros—era de no aconsejable lectura, por suponerle fabuloso y mendaz.

El estilo de Muntaner tiene un encanto único en los historiadores medievales. Rico de expresión y lleno de entusiasmo, con una prosa perfecta y cuidada, emplea un estilo directo y arrebatador que hace que el lector participe en los hechos heroicos descritos y dialogue con el cronista, principalmente cuando en los momentos más apasionantes del relato Muntaner pondera el acontecimiento con la pregunta «¿Qué us diré?», e inmediatamente se complace en describir con verdadero espíritu guerrero combates encarnizados, cuchilladas certeras, enemigos muertos y en fuga ante la destreza, la fuerza y los gritos de «¡Desperta ferro!» de los almogávares.

El sentido épico decrece en la cuarta de las grandes crónicas catalanas, la que lleva el nombre de Pedro IV el Ceremonioso, el cual, seguramente, la planeó, dio los materiales y revisó el texto redactado por su lugarteniente y tesorero, Bernat Descall, entre 1369 y 1388. Es su real autor, más político que guerrero, que en sus páginas quiere justificar su posición ante las luchas intestinas de su reinado y su oposición contra los privilegios de la nobleza, en nombre de un régimen personal y realista.

Martín DE RIQUER

La lucha por la Unidad en Cataluña

Por JOSE BERNABE OLIVA

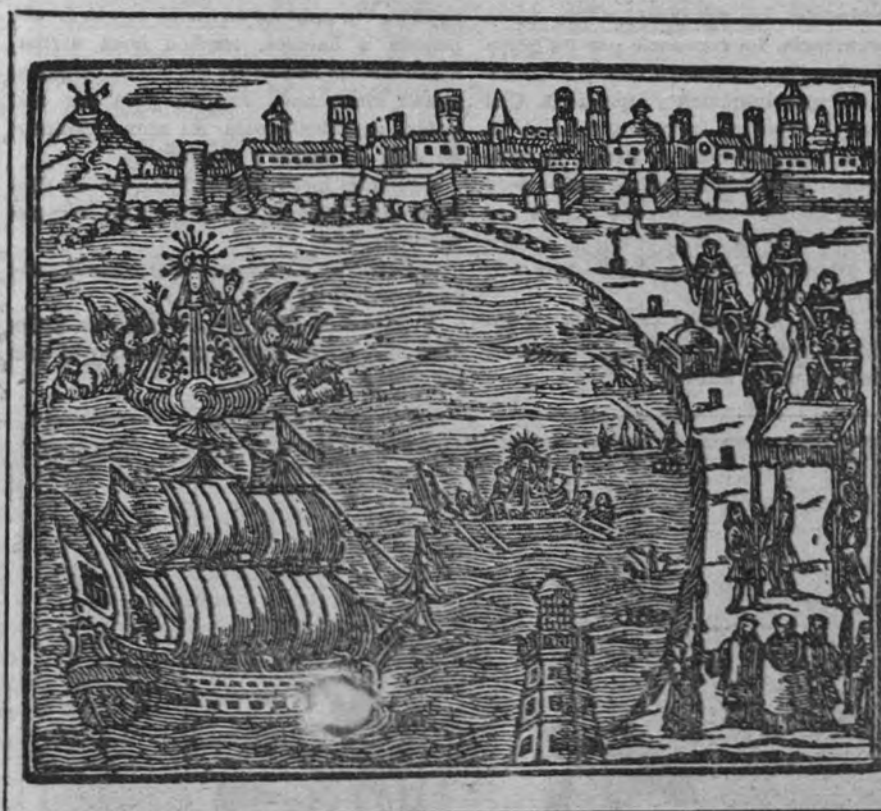
La inmensa gloria de la Tradición en Cataluña es, sustantivamente, blasón de España. Lo más noble de las instituciones políticas, del carácter severo, del espíritu mariner, fabril, mercantil y artesano de la antigua Marca Hispánica es rico caudal que vierte, secularmente, en el ancho río de la unidad española. Para demostrarlo no es menester acudir a sutilidades, sino dejarse llevar de las cosas y de su diáfana razón espiritual, geográfica y aun etnográfica, si queremos acudir al terreno en que los intelectuales secesionistas, titiriteros de la mente, han enraizado, bien superficialmente por cierto, sus más que sutiles, quebradizas lucubraciones.

Los periodos históricos del Principado se corresponden exactamente con los de los demás núcleos defensivo-ofensivos peninsulares desarrollados durante la Reconquista. Para que no pudiese haber desviaciones quiso Dios que el peligro franco que se nos entraba por las puertas montañosas de Cataluña a caballo sobre la grupa del de Carlomagno viniera a ser, a la postre, refuerzo del unánime impulso hispánico contra el agareno. Cumpliendo una vez más su función «digeridora» de pueblos y de razas, España, en sus viriles tierras catalanas, así, aló a los grandes señores carolingios e hispanizó a sus descendientes hasta lograr que cortasen violentamente, tras haberlo aflojado con continuados forcejeos, el nudo gordiano de su dependencia transpirenaica.

Como una fruta madura, cuajada de esencias y de aromas, rebosante de semillas fructíferas, conocedora de las estrellas hacia Oriente, Cataluña concurre a la hora de la unidad de España de la mano diplomática y militar de un Trastámara que la conduce a bodas con la Castilla soledad e idealista, en la que otra Trastámara, su mujer, tiene suprema potestad de mando. En necesidad de sonoras constancias en magnas cartas constitucionales, sin que precise de altisonantes declaraciones recogidas por sesudos escribanos, consumábase la gran coyunda de España—las Castillas y la Confederación—, aunque, aparentemente, nada haya cambiado en las instituciones ni en la fisonomía de ambos Estados. Mas en el claustro materno de la Historia había germinado de férrea unidad, génesis de Imperio en una nueva etapa política, trascendental para la Cristiandad: España unida y en orden.

Sacarle punta a las peripecias de 1640 y a las de la Guerra de Sucesión para determinar la infidelidad de Cataluña a la unidad sagrada de España es labor harto cicatera y no menos secesionista que la de los que, «a posteriori», han azuzado y justificado, naturalmente, a quienes hirieron al conde de Santa Coloma (y acabaron pidiéndole gracia y gobierno al Cardenal-duc de Richelieu) y a los que luchaban «per la independència de Catalunya» en torno del Conceller Casanova, inmolado en la defensa de los baluartes de Barcelona, atacados por el duque de Berwick. ¡Lástima—suerte—que una más científica y especialmente más española versión demuestre que la enemiga—con razón o sin ella, que no viene al caso—contra el Gobierno de Felipe IV, a través de su ministro D. Gaspar de Guzmán, fuera un achaque general, y que los «héroes de la independencia de Cataluña» se batiesen en 1715 por el mantenimiento de las tradiciones españolas, adheridas a la Casa austríaca, en contra de la innovación borbónica! Y lástima, asimismo, que el fallecido, Conceller Casanova, redivivo tras el sitio de Barcelona, acabase pacíficamente sus días en la vecina villa de Hospitalet reconciliado con Felipe V.

La farsa de aquellos jeremías—11 de septiembre—en torno a la estatua bronceada de Rafael de Casanova, sita en la Ronda de San Pedro, era otra de las pameas sentimentales que, bajo el signo demobilizador y revolucionario, habían de engendrar—¡esos sí, y precisamente por dición!—los amagos secesionistas de octubre de 1934 y de julio de 1936. Fracasó el primero por la eficiente y rápida intervención de unas compañías de soldados de España; y el segundo, porque la masa cenetista gravitó sobre las bobadas separadas y las pulverizó, substituyéndolas por una acción de lucha de clases y de emancipación social circunscrita en la práctica a una abundosa emancipación económica y pasional de indescriptibles pa-



siones, claro está) de los dirigentes ácratas. Que no dejaban de ser unos ingenuos comparados con los comunistas, más inteligentes y aviesos, más «chequístamente» refinados, que gobernaron lo buenamente gobernable en la zona roja y vivieron la guerra con el propósito de aventar, después de su hipotética victoria, la organización anarquista.

Mientras el ser español se desnaturalizaba por la acción de las ideas disolventes entradas en torrentera cuando la Revolución francesa rompió las compuertas sociales y arrolló todas las fronteras, previamente barrenadas por volterrianismo y la Enciclopedia; mientras las Cortes de Cádiz dejaban de serlo al modo español para tocar en filosofante Convención, con jacobinos oratorios y constitucionallistas, amén de francmasones; mientras se incubaba, tras la venida de Fernando VII, el frenesí liberal, contra cuyo morbo lucharon nuestras provincias americanas, que acabaron por ser presa del furibundo microbio que a todos nos corroyó, nacían en Cataluña focos de resistencia al huracán internacional por amor, precisadamente, a la Tradición y a la Unidad de la Patria común de todos los españoles.

Los «apostólicos» tuvieron aquí grandes apoyos y no pocas cabezas visibles; y al proclamarse la parte más sana del país por los derechos de Don Carlos María Isidro, antepuestos a los de Doña Isabel y lo que dicha señora representaba, y al condensarse el carlismo en legitimismo primero, en tradicionalismo después,

en la Comunión Católicomonárquica en suma, los leales a la Dinastía Insubornable hallaron profundas asistencias y explícitas simpatías que las guerras civiles permitieron poner de manifiesto. Cataluña, fiel a las tradiciones hispanas, pudo gloriarse de ocupar el lugar inmediato a las provincias del Norte en la defensa del ser integral de España.

La sagrada unidad del suelo y del espíritu de la Nación fueron incentivos permanentes de la acción carlista; nadie, con conocimiento de causa, puede siquiera alegar que los afectos fueristas—regionalistas—del dogma tradicionalista produjeran desviaciones ni aun en las comarcas donde era más vivo el sentimiento regional. Si algunos elementos no supieron digerir la idea, se desprendieron del árbol añoso del legitimismo y fueron a engrosar, con la corcova de su error, el mosaico partidista del campo liberal. Pero la masa, la gran familia carlista, prieta, solidaria en torno de sus Abanderados, seguía incommovible, inflamada de amor a España, a su unidad geográfica e histórica en el pasado, el presente y el porvenir, disparando desde el cuadro heroico en que se hallaba formada.

Precisa haber vivido en el ambiente tradicionalista con anterioridad a la Cruzada, y precisamente en Cataluña, para darse cuenta del modo cómo se sentían los dolores de toda España y cómo se la amaba exaltadamente; familias, pueblos, comarcas enteras transmitíanse la esperanza y el espíritu ofensivo a través de las



El Caudillo de España recibe el homenaje del pueblo catalán en su último viaje

generaciones, con el pensamiento puesto en la Tercera Guerra, soportando los sacrificios, los renunciamentos de toda laya, sobreviviendo a las persecuciones.

El periodo electoral de 1936 es pródigo en acontecimientos políticos internos para la Comunión. La obediencia a las órdenes del agosto señor Don Alfonso-Carlos había llevado a las huestes legitimistas catalanas a integrar el Bloque Nacional. Coyuntura que si favorecía la acción común entre diversos grupos de españoles antirrepublicanos no produjo en los carlistas catalanes, y concretamente en las juventudes, una plenitud de satisfacción interior. Sólo por imperativos de una disciplina ejemplar, y con objeto de oponer a la revolución subversiva frentes electorales lo más compactos posible, los tradicionalistas forman parte en esta región del llamado Frente Catalán de Orden, cuyo nulo contenido doctrinal y absoluta ineficacia operativa brota del rótulo mismo. Las juventudes y los elementos obreros, más o menos organizados en el seno de la Comunión (Agrupación Obrera Tradicionalista, Unión Gremial Obrera), sintieron solidarios de la idea de José Antonio Primo de Rivera, que propugnaba un férreo y ofensivo Frente Nacional. A este respecto es bien concluyente el artículo firmado por quien esto escribe, aparecido en el curso del mes de enero de 1936, en «U. G. O.», el semanario de la ya mencionada Unión Gremial Obrera.

Acaecidas las elecciones y el desbordamiento subsiguiente de las izquierdas, la tesis ofensiva y castrense de la juventud ganó rápidamente los espíritus. Una serie de artículos bajo el epígrafe «En la ruta de la Tradición» escritos por mí—jefe de Propaganda, entonces, de la Juventud Tradicionalista de Barcelona—y pensados en colaboración con Diego Ramírez Pastor, actual director de «El Correo Catalán», vió la luz en el antiguo órgano carlista del Principado. En ellos se abogaba por la rebelión armada y por la unión entre las juventudes.

Estableciábase contactos con los jefes de la Falange Española. En marzo del mismo año el Sindicato Español Universitario pactaba conmigo, en calidad de presidente de las Agrupaciones Escolares Tradicionalistas del Distrito Universitario (Cataluña y Baleares), y en colaboración con otros elementos españolistas se fundaba el Frente Español Universitario, el reparto de cuyo manifiesto conmovió hasta los cielos la vida escolar barcelonesa con incidentes tan sonados que eran recogidos y secundados en las restantes Universidades. El espíritu juvenil y solidario era un hervidero de santas indignaciones y sede de una insaciable apetencia de vindicta española.

El día 19 de julio halló a requetés y falangistas sublevados conjuntamente. Volvieron a encontrarse en los tribunales populares, en el dolor y el martirio de las ergástulas, ante los piquetes de ejecución y en las fosas comunes donde eran arrojados los despojos de los patriotas asesinados a mansalva. Y juntos les encontré, sorprendidos acaso por la novedad, pero no extrañados de la compañía, el decreto de Unificación promulgado por el Generalísimo.

En Cataluña, donde tanto se idolatra a España, donde tan arriesgadamente se ha luchado por la unidad entre todas las tierras españolas, se trabaja paulatina pero seguramente por el afianzamiento de la unidad entre todos los hombres de España, que si se hizo espontáneamente en la lucha de avanzadillas y se sintió entrañablemente durante el horroso choque del grueso de las fuerzas en nuestra guerra, no puede malograrse por lo que, en definitiva, no es otra cosa que supervivencia imprecendente del sentido partidista que el Alzamiento Nacional hizo ya impropio por superación de fines y agrupación de los medios bajo dirección y mandos únicos.

Los antiguos carlistas catalanes, que a la gloria inmarcesible de nuestra boina roja hemos sumado el privilegio de vestir la camisa azul, no estamos dispuestos a que, por propia incomprensión o desidia, pueda hacerse efectiva la sentencia de un gran jefe regional que, durante muchos años, prestigió con su actuación y con su ejemplo la Causa: «La Tradición triunfará en España sin los tradicionalistas y aun contra los tradicionalistas.»

Estampas de la liberación

Por MANUEL VELA JIMENEZ

ANTES DE LA GANADA

ESTABAN todavía negros el mar y la tierra, pero ya apuntaba a lo lejos una promesa de amanecer.

Fué volviéndose lentamente más claro el cielo y ya las últimas estrellas, que antes aleteaban como mariposas pasadas con un alfiler, iban marchándose una a una, a regañadientes, pero iban marchándose. El horizonte fué alegrándose. Tornóse pálidamente violeta, luego rosa, como puñado de jacintos, y de pronto se puso perdida de sangre. Fijándose uno detenidamente podía comprobarse cómo esa sangre se diluía en el agua del mar, ya más claro, sereno, «como carrera llana». De repente, cuando nadie lo esperaba, apuntó el sol. Iba subiendo despacio, despacio, como hostia grande y roja levantada sobre el agua por unas manos invisibles. En aquellos momentos no podías dejar de pensar: «¿Qué grande es Dios!»

Luego todo fué tomando alegría. Por los arbolillos secos, flacuchos como perrillos de titiritero, unos verdereles cantaron desafortadamente.

Sonó la corneta. Diana. Pero no hacía falta. ¿Quién podía haber dormido con la ciudad deseada enfrente, cerca, muy cerca? Daba la sensación que alargando el brazo podías alcanzarla con la mano. Un gigantón de piedra relucía a lo lejos, a la derecha, junto al mar.

—Es Montjuich—dijeron.

—¿Hasta ahora, Montjuich!—chilló un alegre, desgreñado, con barba de quince días, renegro de cara, dobladillo de cuerpo.

Se alborotaron las banderas. Y Lajo ellas, quemados como ellas, ilusionados como ellas, los soldados de Franco.

—¿Ves?—decía—. Por aquella parte, hacia la izquierda, está mi fábrica de cartones.

—Pero ¿tú tienes una fábrica?—saltó el otro, todo admiración.

Y se quedó mirando al potentado—un pelijudas como un castillo—muy detenidamente.

—Sí, una fábrica «molt maca», como decimos en catalán, con un letrero grande, de seis metros, que dice: «B... y P..., Sociedad anónima».

Y con el dedo trazaba despacio las palabras. Luego añadió:

—Yo la heredaré; pero he querido ganarla. Como voy en vanguardia, podré llegar entre los primeros.

Un sargento desmelenado, hecho un toro bravo, andaba de pelotón en pelotón chillando:

—¿Me faltan seis números! ¿Dónde se han metido esos truchimanes, dónde?

Salió una ardilla morena con el gorriño en la oreja:

—Dijeron anoche, mi sargento, que pensaban «des» dormir en Barcelona.

El sargento pegó un brinco.

Y empezaron los cañones de la 105 División a batir el cementerio del Suroeste.

EL ENCUENTRO

Entraron primero los tanques, despacio, con las torrecillas destapadas. Las mujeres, todo congoja y alegría, con lágrimas en los ojos y pequeñuelos escuálidos en los brazos, gritaban siempre lo mismo: «¡Viva Franco!» «¡Viva España!» Luego, por la Diagonal y por la carretera de Sans, llegaron los infantes cantando tonadas de amor y de guerra. Algunos hombres, con respeto, emocionados, escuálidos como caballete de espadador, amarillentos como velones, se acercaban a las banderas y las besaban. Los chavales, todo admiración, veían cruzar los infantes aguerridos con sus fusiles, sus cornetas, sus cascos, y se iban tras ellos mecánicamente, sin hacer caso del pan que repartían ni de las flores que les arrojaban.

Al frente de su compañía iba un alferez, falangista él, de Medina del Campo.

Anduvo en el Alto del León con las milicias de Valladolid, luego en Teruel, en Huesca y en el Ebro. Tenía prisa por llegar a Barcelona. Alguien debía estar aguardándole. Le aguardaban. No tardó en encontrarla. La reconoció por un golpe de corazón. Estaba pálida, deshecha, huesuda; los ojos hundidos y apagados. Con sus manos ásperas, hechas a apretar la pistola y a crisparse en la tierra, le oprimió los hombros hasta hacerle daño; pero ella no se quejó. Luego le echó el pelo hacia atrás, como en otros tiempos, porque a él le gustaba verla con el pelo recogido sobre la nuca.

—Te he visto muchas veces así en todos los pueblos que reconquistábamos. Has debido sufrir mucho.

cio de ocupación. Se armó una ensalada de tiros que daba gloria. Echóse el corazón por delante, a lo toro bravo, y a los pocos minutos se rendían los flamencos rojillos. Un pobrete se quedó con la frente pasada a balazos, tendido boca arriba, contando los arabescos del techo. Algunos salían chorreando sangre, pero sin una queja, descabellados, de mono, pañuelo de seda al cuello y alpargatas.

—¿Estáis locos, separatistas de los diablos!—les chilló un navarro quemado como cabo realista.

—Nosotros no somos separatistas; nosotros somos de la F. A. I.

Y hecho el distinguo, marcharon calle adelante, entre fusiles, más serenos que «el Labi».



—Y eso ¿qué importa?

—¿Sigue en pie todo?

—Todo sigue en pie. Mataron el 19 de julio al pequeño en la plaza de la Universidad y en agosto del año siguiente fusilaron a mi padre. Yo acabo de salir de la cárcel de Las Cortes; pero todo sigue en pie, gracias a Dios.

Y como era mujer, lloró.

Un soldadito con guitarra se llevaba a las mozas de calle entre cantar y cantar:

«Dicen que dicen, dicen
yo no lo creo,
que te ha salido un novio
de medio metro.
¿Qué harás con él,
Soledad de mi alma,
qué harás con él?»

Se reían las otras.

—Me la enseñó un legionario durante el asedio de Belchite. Le partió el corazón una granada. Como él no puede cantar ya, la canto yo.

Así es España.

UN DISTINGO

No hubo más que un reducto rojo de defensa. Un edificio de la Vía Layetana, frente al Banco de España. Cuando todo estaba ganado y ya las fuerzas motorizadas andaban por Mongat y Masnou, de repente unos desesperados la emprendieron con fusiles, pistolas y alguna que otra bomba de mano con un pelotón de servi-

«MORTUI, MORITUROS SPERANT»

Salieron de los sótanos de las cárceles y de las bodegas de los barcos como rondas de fantasmas. Esqueléticos, rapados, blancos como el papel, con los

ojos desmesurados de fiebre y de hambre y la muerte todavía clavada en los huesos. ¡Treinta y dos meses aguardándola! Y algunos con tres penas echadas al cuello. ¡Dios es grande!

De las tres centurias, «La Azul», «La Amarilla» y «La Bermeja»,

...en la bandera
negra
con el águila exployada
y bicéfala
abiertas alas y garro
bajo el lema:
«Mortui, Morituros
Sperant»;

de aquellas tres centurias, y de la «Escuadra Numancia», la que no pudo llegar a centuria:

«No llegamos a centuria,
nos quedamos en escuadra;

sólo quedaba un puñado de esqueletos y un puñado mayor de recuerdos gloriosos. Fuéronse los más a los luceros, a montar

la guardia. Unos se quedaron por las calles de Barcelona el 19 de julio, abrasados a tiros y de fe, «con las camisas azules bajo las guerreras»; otros cayeron frente a los piquetes... Niños de primera tijera que aun andaban a vueltas con la Trigonometría y las carambolas de tres bandas; obreros duros de los Sindicatos; legionarios con la carne quemada en África y el corazón enamorado de la Muerte... Y todos unidos con el mismo juramento.

Por la mañana, clara como un anticipo de la primavera profética, iban, librados, los restos de la Falange Vieja. Y sobre los hombros de los que estaban milagrosamente en pie, las manos duras, de soldados, de los muertos se posaban, como diciéndolo: «Mortui, morituros sperant».

Eternamente.

UN LOCO INCREDULO

Se le veía a la legua que estaba como un cencerro. Echaba hacia fuera unos ojos claros, atontados, como si estuviera constantemente metido en una pesadilla

de brujas y diablos. Andaba hecho un carrillero de galera, descosido, sin camisa, con un chaquetón de pana rojilla, raída, capaz de abrigar a las doce tribus de Israel en masa, y unos zapatos de payaso, crecidos de puntera, como dos galeras reales. Con el revuelo se había fugado de «La Torre» y hacía dos días que andaba a la vida birlonga, como can vagabundo. Comía arengas comunistas—así estaba él—y dormía en el mesón de las estrellas, tumbado en un banco de la plaza de Cataluña. Antes de acostarse, como un capitán general, pasaba revista a las estatuas que circundan la plaza y charlaba con ellas. Sus simpatías estaban con la «Familia del Toro», una alegoría de la Agricultura, y con una «ninfa» en cueros vivos, hermosa, prieta de pechos, sonriente, a pesar de los tres balazos que la pegaron el día del Atzamiento.

Aquel día estaba cohibido como pájaro en mano de chiquillo.

—Aquí pasa algo gordo—pensaba.

Pero no acertaba a comprender la causa de las corridas, los chipinazos y el constante volar de aviones nacionales sobre Barcelona.

Después todo fueron alegrías y canciones, banderas y abrazos. En plenas ramblas se cantó un «Cara al Sol» emocionante. Pero el pobre guillado ni cantaba ni saludaba, más asustado que Mari Pantoja en el día de su boda. Le llamaron la atención:

—¿O levanta el brazo o le rompo la crisma!—alborotó un zagalón encendido por el entusiasmo.

Pero el otro, cauto, haciéndole guiños al exaltado, por lo bajo, tímidamente, decía:

—No, si a mí no me engañáis, compañeros. Yo sé que todo eso es una martingala. ¡A otro perro con ese hueso! Vosotros sois del «Campesino».

—¿Qué diablos dice este idiota? ¿Nosotros del «Campesino»? ¿Acaso, memo, no distinguéis las banderas? ¿No ves las camisas azules y las boinas rojas?

—Sí, para despistar.

—¿Que somos nacionales, hombre!

—¿Qué vais a ser nacionales! Los soldados de Franco no van en mangas de camisa. Llevan todos guerrera, botas altas y unas cotas de malla para que las balas no se les metan por el pecho...

Se arremolinaba la gente. El zagalón brincaba como los gorriones, encorajinado, sin saber qué partido tomar: o dejarle, por lo que era, o llarse a guantazo limpio con él.

—Pues sepa usted, señor incrédulo—dijo un cabo chatillo con cara de jabato, legionario él, despechornado—, que esta camisa vino de África, y estos dos zurcidos del pecho son dos balazos. Pero no importa. Cuando me ponga la Medalla Militar y las otras cruces no se notarán.

(Dibujo de Opiso.)

LA SEGUNDA LIBERACION DE BARCELONA

EL VIAJE DE FRANCISCO FRANCO

Por JORGE CLARAMUNT

HE dicho en alguna ocasión que aquel viaje del Caudillo a Barcelona—del que será forzoso hablar aún durante mucho tiempo—valió tanto como una segunda liberación de la ciudad. Porque si en enero del 39 fué rescatada del poder moscovita, en este año de gracia que va aproximándose a su fin fué redimida del tópico.

Conviene aclarar—recordar—que el divorcio entre Barcelona y Madrid en cuanto índices de Cataluña y Castilla, y ésta, a su vez, de la política española, es uno de los fenómenos más artificiales a que dió lugar el liberalismo. Los diputados catalanes constituyeron siempre una minoría lo suficientemente numerosa para que pudiera pesar en las resoluciones de la Cámara. Y como los partidos turnantes en el Poder y la oposición necesitaron en todo momento un refuerzo que les pusiera al abrigo de posibles y desagradables sorpresas, se hizo del regionalismo un arma peligrosa, con cuya utilización se amenazó al adversario en toda coyuntura.

Con lo que quiero decir que si Barcelona—por razones de muy diversa índole, entre las que no debemos olvidar las económicas—puso en alquiler el conjunto y el peso de sus votos, las camarillas de Madrid estuvieron siempre propicias a una puja en el precio. Ya fuerza de esgrimir unos y otros el argumento del separatismo catalán llegaron a creer sus gerifaltes en la realidad de su existencia, mientras las oligarquías parlamentarias encontraban bueno el negocio de esta convicción.

Y no es que vayamos a negar que hubo separatistas ni que aun pueda quedar—aguende o allende las fronteras de España—algún rezagado que lo sea de buena fe. Lo que negamos rotundamente es que el separatismo constituyera una fuerza política respetable por su calidad y número. Había intereses creados, ambiciones torcidas y deformaciones de lo que nunca debió pasar de un simple espíritu folklórico. Pero separatistas capaces de jugarse la vida por «la causa» no los hubo jamás en condiciones de ser tenidos en cuenta.

La mejor prueba de ello la tenemos en el 6 de octubre. Mientras Dencás se desgañaba por la radio animando a sus «camots», éstos iban arrojando los fusiles por las alcantarillas más próximas. Y aquella «terrible» revolución secesionista acabó en el más espantoso de los ridículos. La razón es obvia: les faltó el con-

curso de la masa, que sólo se movía por motivos sociales.

Lo mismo podemos decir del 18 de julio y de los años de la guerra. Sin el anarquismo, el comunismo y el socialismo, en Barcelona no hubiera triunfado la anti-España en los primeros momentos ni hubiera sido posible continuar la lucha. ¿Cuántos son los voluntarios que dió «Estat Catalá»? ¿Qué tirada alcanzó su Prensa? Con sus cifras—de ridícula insignificancia, desde luego—podría escribirse la más hiriente sátira de los fantoches de la independencia.

Y es que Barcelona no es política, en el sentido peyorativo del término. Barcelona es económica, fundamentalmente. Aquí preocupan los problemas de la producción, del trabajo y del cambio. Hay una cultura social, deformada, sin duda alguna, pero vivísima. Y se han padecido todas las predicaciones demagógicas imaginables.

Cuando Alejandro Lerroux alcanzó las cimas de la popularidad no era—no lo fué nunca—un político de cantón, sino un demagogo. Y con él todos los que le siguieron en el envenenamiento de la clase obrera, a favor de la suicida estulticia liberal.

de Azaña. Cuando quiso derivar a lo separatista propiamente dicho, recordando sus promesas de bienandanza material, se debilitó notablemente el entusiasmo con que se le siguiera en las primeras horas.

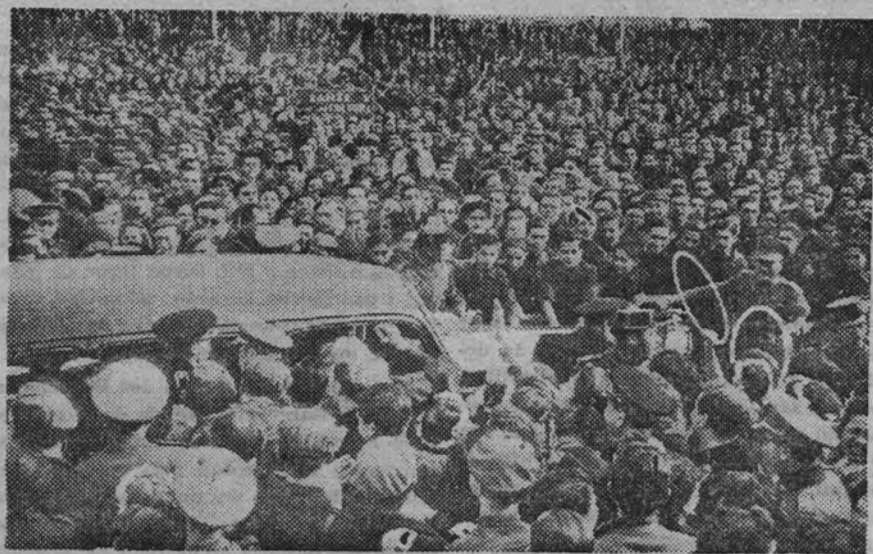
odio de las clases hasta ahora enardecidas en la lucha.

Y porque así es le aclamaron más de cuatrocientos mil productores, en un espectáculo único, sin precedentes en la historia de Barcelona. En esta ciudad del terrorismo, Franco pudo recorrer—puesto en pie en su coche descubierto y al paso—los kilómetros que van desde la plaza de España a la Delegación Provincial de la C. N. S., pasando por el Paralelo, sin que aquel medio millón de hombres utilizase las manos más que para aplaudir ni los ojos más que para llorar de emoción.

Aquel que se entregaba inerme a la confianza de las masas no podía ser su enemigo. Y las masas lo supieron entender, dando fe imborrable de actitud española.

Queda una objeción, bien lo veo: el supuesto separatismo de las clases pudientes. Pero también la cita fuera equivocada. Hubo, es cierto, algún coqueteo hipócrita con el catalanismo de perfiles claramente económicos. Y nunca pensando en la realidad de una independencia. Todo lo más, aquella partida del arancel que se arrancaba a las Cortes a cambio de los votos catalanes en una cuestión que interesaba a la mayoría gubernamental. Pero tales habilidades no pasaron nunca de serlo. Algo de esto supo D. Miguel Primo de Rivera, que encontró en este sector las más leales colaboraciones. Y más que algo sabe el Caudillo, ovacionado en el Liceo durante ¡diecisiete minutos! por un público de frac y escotes enojados, hasta arrancar las lágrimas de unos ojos que saben ser serenos. Aquel saludo con que Francisco Franco hubo de poner fin a la apoteosis, enlazando sus manos en un ademán de entrega de su corazón, es el mejor argumento de nuestra tesis.

El tópico separatista ha muerto, españoles de todas las Españas! Y lo ha matado Francisco Franco, porque antes había dado sepultura al régimen liberal.



La multitud rodea el coche del Caudillo en Tarrasa



La multitud barcelonesa espera el paso del Caudillo

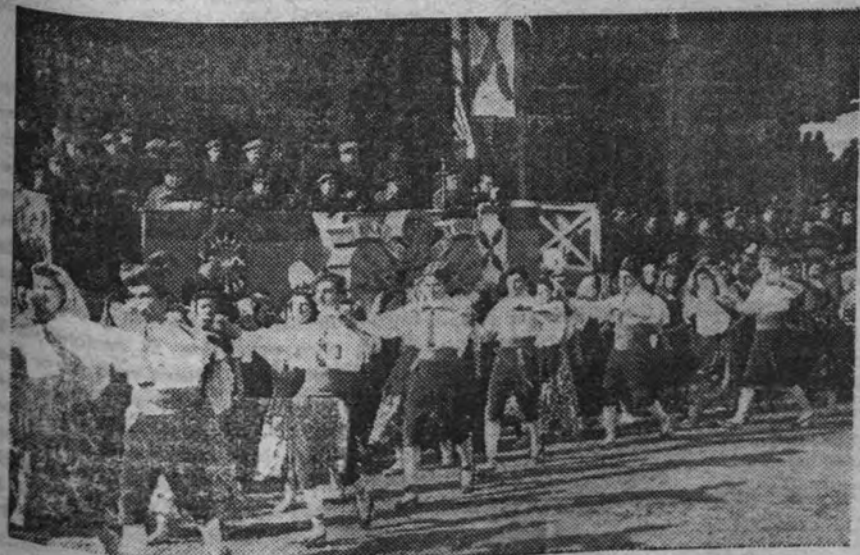
Y no se diga que Maciá fué por separatista ídolo de las multitudes. Maciá fué el hombre que prometió a cada catalán «una casa y un huerto», y recibió sus mayores ovaciones del brazo de Alcalá Zamora o

Y murió a tiempo de evitar su personal catástrofe.

Por lo demás—y a mayor abundamiento—, registrada queda en el anecdotario de la pequeña historia aquella ovación con que el Parlamento de Madrid le recibió en ocasión de su visita. Y no se dirá que aquellos aplausos eran de separatistas catalanes, aunque no se pueda negar que partieron de manos alzadas contra la unidad y grandeza de España.

Este tópico del separatismo—verdadero «coco» para asustar a los niños políticos de la acera de enfrente—lo barrieron Francisco Franco y Barcelona, en una efusión que asombró a los que no conocían a Cataluña, y nos dió la razón a quienes hemos creído siempre que la mejor arma contra «aquello» era, sencillamente, no hacerle caso.

La causa es clarísima: Franco es la voluntad de una justicia social que aquí se siente con todas las fuerzas del alma; Franco es el vértice de una revolución que, sin menoscabo para España, quiere que cada uno ocupe su sitio en la mesa, como antes debe haberlo ocupado en el trabajo. Franco es la mejor garantía contra el



Balles típicos catalanes en el desfile de Sabadell

SI REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"
LARRA, 8
Teléfono 32610

LA TUMULTUOSA BARCELONA

(Viene de la página 9.)

toriales, y sus alrededores parecen un bosque de fusiles, picos, hoces, sables, trabucos, palos, agitado por el huracán. Formados los batallones de la milicia, se encaminan a la plaza de Palacio, donde se aloja Bassa, y la ocupan, llenando el pueblo armado todo lo demás, sin que la tropa que en ella estaba se lo impida. Una Comisión del Ayuntamiento, otra de la milicia y otra del pueblo suben a exigirle que ceda ante la irrevocable y temible actitud de las fuerzas populares; pero el valeroso general se niega, y, en un arrebatado de orgullo militar (fíjese el lector en la hipocresía de Chao al consignar ese «arrebatado de orgullo militar»), pronuncia estas palabras fatales, que le causaron la muerte: «El pueblo o yo dentro de una hora.» Apenas se difunde esta voz por la plaza, un grupo, sin esperar a que bajasen las Comisiones, se destaca a la Iglesia de Santa María, por donde se puede penetrar en Palacio; lo invade y se derrama por las habitaciones buscando al pertinaz general, a quien hallan en una sala oculto detrás de una pantalla, que en vano tratan de defender el general Pastors y otro militar. Bassa es atravesado por un balazo, conducido al balcón y arrojado a la plaza. Los que en ella estaban, momentos antes lo hubieran celebrado, y entonces lo vieron con horror, porque el malaventurado general había, al fin, cedido mientras el grupo se dirigiera a la Iglesia de Santa María, y lo que la milicia quería era que cediese el mando únicamente. Empero, una turba se presenta, que se apodera del ensangrentado cadáver, le ata una cuerda y lo arrastra por las calles hasta la Rambla, donde se detiene ante el edificio de la Po-

licía para extraer sus papeles y muebles, hacer una hoguera y arrojar en ella los restos del desgraciado Bassa. Las oficinas de los comisarios de Policía, del Tribunal de Rentas y de la Procura del Monasterio de Montserrat fueron también despojadas de sus papeles para entregarlos a las llamas. Entretanto, otro grupo mayor se empleaba en derribar la estatua colosal, de bronce, que representaba a Fernando VII en actitud de mandar a los catalanes que se humillasen a sus pies; y así que lo hubieron logrado pusieron en su lugar, ¡contraste dramático y lección severa!, el retrato de la hija.»

Nos falta espacio para reproducir otra página típica: la relativa al incendio de la primera fábrica de vapor. La escena termina con el pintoresco párrafo siguiente: «Supose luego que una turba feroz de gitanos y marineros, armados de sables, tambor batiente y bandera negra desplegada, recorría las calles y amenazaba atacar la Aduana.» Esa turba feroz de gitanos y marineros, armados de sables, tambor batiente y bandera negra desplegada, parece un capricho de Goya.

Pero hay por lo menos dos Barcelonas. Si hay la Barcelona poseída de la mística revolucionaria, hay también la Barcelona burguesa, la sociedad más conservadora del mundo, pero de un conservadurismo tan timorato que es capaz de contemplar cómo una minoría se entrega al incendio. Hay la Barcelona del Paralelo, el Clot y el Distrito V. Pero hay también la Barcelona de la Rambla de las Flores y de la Rambla de los Pájaros.

Manuel BRUNET

(Dibujos de Opisso.)

Carta abierta al alcalde de Barcelona

(Viene de la página 5)

tá ya todo descubierto, y la originalidad implica el adefesio inexorable.

Estamos acostumbrados a ver los arcos romanos con la pátina de los siglos. Por esto el mármol de que están recubiertos nos parece de un color de oro denso, de oro viejo. El sol reverbera sobre ese mármol con la misma sutileza que si fuera el tejido de una ala de mariposa dorada. El mármol fresco resultaría demasiado blanco. La luz del país es, por otra parte, excesivamente cruda. Por ello sería preferible hacer el arco de piedra, de piedra de Tarragona, morena, con un sombreado interno imperceptible, rojizo de fuego. Algo que recordara el color de las piedras de la fachada del palacio del Peregrino, señor alcalde.

Algunas personas interesadas en ridiculizar las iniciativas nobles e inteligentes—y sobre la inteligencia de ésta no cabe la menor duda—dirán que ya tenemos un arco, que es el que hicieron levantar en la época de la Exposición del 88, en el llamado Salón de San Juan, cerca del Palacio de Justicia, el Sr. Rius y Taulet y D. Tiberio Avila. Es aquel arco de ladrillos, construido con el prurito de la originalidad, de un grotesco delirante. Sin embargo, lo que yo propongo no tiene nada que ver con semejante adefesio. Sugiere un estallido de originalidad, sino resolver un problema urbanístico con una solución probada por los siglos, con una solución que será considerada bella, grandiosa y ambiciosa por todas las personas que tengan a bien reflexionarla.

He dicho en pocas palabras el efecto prodigioso que en función del paseo de

Gracia produciría dicho arco. Sin embargo, no creo que haya necesidad de insistir más. Por el momento basta. En relación con la avenida del Generalísimo, diré que esta grandiosa avenida, de aspecto excesivamente americano, necesita ser española, ser reducida a proporciones más potables. Y esto no puede lograrse más que amueblándola. Hasta ahora los muebles que se le han puesto son un poco irrisorios. Este bloque de piedra del arco ya sería un mueble de más grandiosidad y de más sustancia.

Mi querido D. Miguel, esta es la idea que quería someter a su consideración, toscamente expresada. Que haya sido yo quien se la haya presentado tiene una ventaja, porque es como si hubiera surgido del más puro anonimato. Yo no sé si habré logrado desviar un momento su atención. Estoy convencido de que si piensa usted cinco minutos en ello quedará usted sorprendido de la belleza y de la gravedad de lo que humildemente le he expuesto. ¡Ah! Y no se preocupe usted del dinero. Establezca todos sus cálculos a base de este hecho indubitable: Barcelona, dentro de treinta años, tendrá dos millones de habitantes. Hágase lo que se haga, esto es fatal e inexorable.

Nada más, señor alcalde. Reciba usted mis mejores augurios, y que Dios guarde su vida y su salud muchos años.

José PLA

(Ilustraciones de José María Serrano.)

“Nada nos importaría ser fuertes en el Ejército, ser potentes en la industria, si fracasase nuestra unidad política, si fracasase la solidaridad de los españoles ante el destino histórico de la Nación.”
(Palabras del Caudillo.)

LA CIUDAD DE ULISES

(Viene de la página 4.)

eterno, en la entraña misma, palpitante, fresca, dolorosa y exigente, de la vida. De ahí el dominio de la mujer, base y fautora del hogar; de ahí también el sentido conservador. La diaria conquista de una existencia estable mueve ya apreciar los bienes logrados con empeño igual y constante, y la familia, imperceptible discurrir de la vida en seguro cauce, arraiga y fija, liga a una tradición entrevista en la solemnidad que tienen las horas de comer, las palabras del padre, el ademán de la madre o la esposa al impartir entre todos la sopa crasa y humeante.

* * *

Queda la otra Barcelona, arrabalera y primaria, antología del Levante primigenio. Catalanes, valencianos, murcianos desarraigados de su tierra, sin ligamen de espíritu ni rastro de la cultura de su lugar de origen. Manojos de tendencias raciales desnudas, no han dejado borrarse, si proletarizados, la vívida independencia nativa. Y el movimiento ciego, anticultural, negativo de esas pobres gentes, guardó siempre una rebeldía ibérica que lo hacía menos oídoso: fué alzamiento anárquico, no marxismo oriental, soviético, ruso.

Pero ésta es sólo sombra de la ciudad, que no hay que olvidar, pero no la define. Quien da el tono a Barcelona y perpetúa su carácter de antaño es la burguesía ya esbozada. El resto tiende a sentir como ella. La hemos visto dar su entero valor a los bienes actuales, que sólo con esfuerzo se logran, creándolos. Si en otras porciones de España es la cultura, ante todo, profundo sentido de unión con

lo eterno o conciencia del radical valor del alma humana, es aquí literalmente una cultura, un cultivo de las cosas. Es, una, cultura de lo que es; la otra, de lo que se hace. Por esto son aquellos pueblos guerreros núcleos de resistencia del alma nacional, y Barcelona, porción activa, dada a sagaz tarea. Tiende a elaborar incluso las propias emociones, que le hemos visto producirse, recrearse casi conscientemente. Por ello concibe también la personalidad como algo que se crea. Si otros hombres hispanos sienten plena la suya por el hecho de ser, por su valor religioso o metafísico, el barcelonés precisa forjarse, y ello alcanzando una estabilidad y un equilibrio que nada hace tan visible como un seguro aposento y una familia realizada.

Nos place imaginar cierta hermandad de este hombre con el héroe de su mar: Ulises. No surca ya las ondas que antaño fueron suyas el Ulises barcelonés, pero sigue luchando, prudente, astuto, industrial, como el rey de Itaca, para abrirse un camino y ganar seguro puerto. Sabe cuánta habilidad, cuánta inteligencia y tesón y, a veces, cuánta malicia son precisos para ello. Pero al fin del periplo está el hogar, donde Penélope, en la más casera de las labores, aguarda tejiendo un velo, quizá un mantel o una sábana finísima... ¡Con qué amor descubrirá el navegante la piara olvidada, el carcaj familiar, la conocida mesa donde partía, solemne, el pan, el calor entrañable de viejo lar!... Ya afinado en este mundo, el suyo, Ulises se asoma a la puerta del palacio para recibir el acatamiento unánime: tras la ardua pelea, es ya para todos el rey.

Eugenio NADAL

LO QUE HAY QUE VER DETRAS DE LA FERIA

(Viene de la página 12.)

los años y una revolución os ha destrozado moral y materialmente.

* * *

Sin la guerra mundial se habría recorrido mucho más camino. O con la guerra mundial, si las circunstancias hubiesen sido semejantes a las de 1914, cuando el abastecimiento de los beligerantes enriqueció a la región.

Esa guerra, a la vez, ha impuesto al industrial de Barcelona mayor trabajo y mayores sacrificios, poco recompensados por cierto, pero ha demostrado hasta dónde puede llegar el ingenio aguzado y la voluntad de subsistir.

Si la industria de Barcelona tuviese que funcionar en las condiciones con que funcionaba antes de 1936, estaría en su mayor parte parada. No había fábrica alguna que, directa o indirectamente, no dependiese de los suministros extranjeros. Ya era la maquinaria, que tenía que llegar de más allá de la frontera; ya las piezas delicadas, que se desgastan y que, normalmente, no se pueden producir en España ni sale a cuenta producirlas; ya eran determinadas sustancias que hoy no se importan. Y, sin embargo, las fábricas funcionan, y las máquinas se construyen, y las piezas más delicadas se perfeccionan en Barcelona misma. Requiere por sí solo un artículo el esfuerzo de los hábiles mecánicos barceloneses puestos a sustituir los productos más delicados de Alemania o de Inglaterra. Verdaderos prodigios, que han pasmado más que a nadie a ingleses y alemanes.

Y quien dice maquinaria dice también

tantísimos productos, de todos los ramos, que antes no se fabricaban en España y que ahora se producen ya. Muchos, muchos salen de los laboratorios, talleres y fábricas de Barcelona. Y muchos también de los que, lógicamente, se han instalado en Castilla, en el Norte, en Andalucía o Valencia, buscando los centros productores de materia prima, son dirigidos y financiados por barceloneses.

Ejemplo elocuente es lo que ocurre en la industria química, antes casi inexistente, y que hoy día tiene en Barcelona una importancia muy grande. Ejemplo también el del Instituto Químico, dirigido por el Padre Vitoria, cuya celebridad ha pasado las fronteras y que llena sus aulas con el máximo de alumnos, cada uno de los cuales tiene ya el propósito de erigir una industria nueva, la mayoría de los cuales tienen ya asegurados por adelantado los medios de fundarla.

A las luz de cuanto hemos dicho tiene que valorarse la Feria de Muestras que en estos días se está celebrando en Barcelona. No hay español que no esté convencido de que apenas hay un solo industrial barcelonés que hoy día, con la escasez de materias primas y la mucha demanda del mercado, tenga la menor necesidad de hacer propaganda de sus productos para venderlos. El carácter de la Feria es muy otro. Quien sepa mirar tras de los objetos expuestos verá lo que le hemos visto nosotros, lo que nos hemos esforzado algo en mostrar a nuestros lectores: la satisfacción del deber cumplido en pro del resurgimiento de la Patria, la esperanza de que, en tiempos mejores, podrán levantarse muy arriba; la confesión de la fe de Cataluña en una España grande.

JAIME RUIZ MANET

ANTOLOGIA de FRANCO en CATALUÑA

Por LUIS FONTES DE ALBORNOZ

HEMOS pasado las horas y los días en un pródigo rememorar de emociones, viviendo de los momentos transcurridos en las jornadas memorables del Generalísimo en Cataluña, cuando toda ella, en pie, ufana, heroica y trabajadora alzaba sus manos como en un gesto de ofrenda y de saludo. Fué revivir los días enardecidos de la liberación, que nos vino del mar y de la tierra adentro. Ahora, con el regusto de las palabras hechas ya sonoro eco de conformidad, debemos extraer de este sordo murmullo interior, en el que nos vivimos como la campana vive trémula del lejano sonido que la estremeció y que ella prolonga, las altas voces que más hondamente hirieron nuestro corazón, certeramente, en su céntrica diana del sentimiento falangista. Es ahora cuando se puede, con objetiva pasión, individualizar los gestos y las palabras que el Jefe de España lanzó como su grito de júbilo y esperanza a los mares y a las tierras.

CATALUÑA

Primero es una profesión de fe y amor, expresiva de la íntegra unidad que pervive en el alma española total del Caudillo:

Catalanes fueron los que llevaron las banderas españolas hasta el Mediterráneo. Catalanes los gayos colores rojo y gualda que nosotros llevamos. Sois una de las regiones más activas de la gran España que se durmió en tres siglos de decadencia sobre viejos laureles (1).

que se manifiesta, con típica sobriedad catalana, en

estas ciudades trabajadoras y laboriosas que nos compensan de las frivolas, murmuradoras y decadentes (2),

y por cuyas virtudes el pueblo catalán ha de alcanzar

toda la intervención en la vida de España que requiera la Nación y que, además, aconseja vuestra inteligencia, vuestra laboriosidad y vuestro patriotismo (3).

EL PASADO

Viviendo la Historia de España, frecuente alternativa de gloria y de sacrificio, el Caudillo quiere proyectarnos hacia la única perspectiva posible, afirmando el íntegro valor de la lejana España rediviva, de la más lejana España que no es la de la decadencia:

Yo he hablado de la España tradicional; no lo he hecho de la España de los privilegios, porque no es privilegio el que se obtiene con el trabajo, no es privilegio el que se gana ensanchando el mundo, no es privilegio el que se conquista con la sangre (3);

y señalando decididamente que no es sólo vivir de pasado nuestra empresa:

Recogimos de la tradición lo que era puro, lo que nos servía, lo que había forjado las glorias de antaño y lo fundimos con ese programa que llevaba a las gentes a morir en los frentes (4),

sino tomar de él lo que constituye el peso moral de nuestra raza. Porque la vieja y auténtica Patria no es la estéril discusión vanidosa, sino una secular aspiración de combate:

¿Qué eran las Ordenes Militares? Las fuerzas de choque de entonces, la vanguardia de la reconquista, hombres que tenían voto de castidad, que practicaban la comunidad de bienes; hombres que morían siempre con las botas puestas (3); una fraternidad sin proletarios, articulada en la acción:

En España no había más que hidalgos, e hidalgos eran antaño los señores y los segundones, como los



El Caudillo y el ministro Secretario, camarada Arrese, presenciando el desfile de productores en Barcelona

pecheros, porque de éstos surgió nuestra gloriosa Infantería, Arma del pueblo y de los pecheros, y en la Infantería se hicieron hidalgos y rompieron las fronteras, surcaron los mares y descubrieron mundos; y los hidalgos y pecheros, escuderos, condes y señores escribieron las más preciadas ejecutorias de la actual nobleza (2).

CONTINUIDAD DE LA HISTORIA

No hemos ofrecido al pago tremendo de las sangres jóvenes sólo para una frivola actualidad sin futuro. Si ha habido épocas en que los mejores españoles lucharan sin fruto por una coyuntura hostil, nosotros estamos ahora dispuestos a avanzar sin descanso:

Si las de ellos se malograrán, éstas no se malograrán, porque tenemos una juventud que lo defiende, tenemos un Ejército que los respalda y una Falange que los empuja (2).

Vivimos la época auspicial en que continuamos la Historia:

Se han necesitado tres siglos para que vuelvan de nuevo los soldados de España a dar recia señal de su existencia en el confín de Europa, levantando el pendón de nuestra raza en la lucha, hoy como ayer, contra el infiel (4).

y continuamos con idéntico fervor espiritual, animados del mismo entusiasmo trascendental y eterno:

El espíritu católico revivirá en nuestras actividades y, pasados unos años, cuando completamente borrados los malos recuerdos de la lucha hayamos desterrado los rencores, una nueva gloria nos deslumbrará con su esplendor (2),

rejuveneciendo las mejores actitudes de los siglos:

... la Historia de España está íntimamente unida a la de sus Monas-



El Caudillo, en el Teddum de Montserrat

terios (5). Al venir a visitarnos cumplió una tradición de los jefes de España, con la alegría de quien llena un deber al postrarse ante la Virgen que presidió tantas grandezas (5), y aceptando gozosamente la advocación del servicio de Dios:

Y porque la batalla no ha terminado, en el servicio de Dios y la grandeza de la Patria, yo os pido vuestra colaboración y vuestras oraciones (5).

EL PRESENTE

La Revolución no se hace para bienestar egoísta de unos pocos, sino para beneficio de la comunidad española. No sólo aspiramos a proteger todos los bienes económicos, dotándoles de elasticidad productiva, sino

también a que se distribuyan con una mayor justicia, con una mayor equidad (2),

porque no hay otra dignidad que la del laborioso:

Todo ciudadano tiene derecho al trabajo, y el trabajo es una jerarquía (2),

junto con la de aquellos que ponen su afán en la Patria, pues

cuando decimos el pan y la justicia no decimos sólo el pan y la justicia para el obrero; hablamos también de la justicia para el empresario, de la justicia en nuestros actos, de la justicia en la administración del Estado (3),

ya que la Falange no es una casta cerrada, sino un infinito afán de colaboración, pero también una inflexible norma activa:

España no es ni constituye un Estado dictatorial: crea su Estado jerárquico, en que todas las colaboraciones son posibles y tienen su cauce (3). El que quiera y tenga la conciencia limpia como vosotros, ha entrado y ha tomado allí su dirección y su consigna; el que no quiera, tendrá la seguridad de que por el bien de España, que por la salud y el porvenir de nuestra Patria y de todos los españoles, ya que así lo hemos jurado sobre la sangre de los que cayeron, será arrollado (3).

EL FUTURO

Tenemos la esperanza de que nuestro pueblo, enlazado a través del abismo de la decadencia con las horas difíciles y tensas de sus combates, afirmará su presencia en todos los confines:

Yo tengo la seguridad que, como cuando estas piedras eran nuevas, estas piedras carcomidas serán alumbradas por un nuevo sol que trascienda allende las fronteras y se extienda a los mares (4). Cara al mar saldrán de nuevo las naves y las banderas de España al Mediterráneo y al Atlántico (6).

Y nosotros, en los brazos de un destino misericordioso que nos ha permitido contemplar, trémulas al sol, de nuevo nuestras banderas victoriosas, afrontaremos bajo la mano y el genio del Caudillo, que nos dió la dignidad internacional y el respeto, las batallas que necesita nuestra Patria para afirmar su estilo de Imperio y de abnegación, de humanidad honda y de catolicismo fecundo. Y por nuestro porvenir más claro permaneceremos en perenne formación, dispuestos y tenaces, esperando la voz que nos lance por los caminos del mundo.

(1) Discurso del día 16 de enero.

(2) Ayuntamiento de Tarrasa.

(3) Servicio Social de Alta Cultura Económica.

(4) Salón de Clientes del Ayuntamiento de Barcelona.

(5) Monasterio de Montserrat.

(6) Alocución en Tarragona.

BARCELONA Y EL MAR

Por **LUYS SANTA MARINA**



BARCELONA, nacida del mar, fué su dominadora durante siglos, y no de un mar lejano perdido en un cornijal del mundo, entre brumas y hielos, rodeado de pueblos oscuros y bárbaros, sino del mar corazón del orbe antiguo y del medievo, que merced, en gran parte, a su esfuerzo, fué auténticamente "Mare nostrum".

Nació del mar, dominó el mar y el mar la enriqueció y la embelleció. Largo sería el centón que recogiese elogios de su situación y de su playa en escritores propios y extraños, desde Avieno a Juan Rufo, pasando por nuestros mejores ingenios. Todos se extasían ante sus torres y murallas, nacidas entre espumas:

*Si a las torres y altivos chapiteles
que allí hacen sombra y peso a Barcelona
Amílcar dió balcones y rejeles,
de Hércules las fundó la real persona;
y en Monjuí dió altares y laureles
al padre de los hijos de Latona,
en el lugar que ahora aquella torre
sus playas mira y su cristal recorre.*

cantó Bernardo de Valbuena—uno más—en no muy felices versos.

Claro es que nada de esto fué una dádiva; hubo que ganarlo a fuerza de fuerzas, dejando muchas vidas en el empeño, en consigna multisecular, no hablandándose con las victorias ni abatiéndose con los desastres, "como hombres cabezudos y animosos contra los males".

Y allá iban armadas tras armadas, naves tras naves, Mediterráneo adelante, no esperando a sus enemigos, sino yéndolos a buscar y sacar de sus casas; atarazana y plaza de armas siempre en vela contra Francia, contra las Repúblicas italianas sus émulas, contra la morería.

A la sombra de sus naves—avanzadilla en la Patria—, erizadas de la famosa ballestería de tabla, prosperaban las artes de la paz, y la ciudad crecía con ritmo seguro; y crecía también a la par la confianza en sí misma que dan las victorias repetidas y como vinculadas

a una tierra y a una gente. Confianza que culmina en la arrogante y viril ordenanza del Rey Don Pedro IV (1359), donde manda "que el cómitre de una galera que por vista o acometimiento de dos galeas iguales a la suya, huya o dé en tierra", que sea arrastrado y ahorcado". "Y así hallamos—continúa Martín de Viciano (1)—que en galeras los catalanes han hecho más cosas buenas que ningunas otras naciones: por donde resulta el refrán que si en galera se hace cosa buena, el capitán ha de ser catalán."

Y así seguía, presente siempre en su famosa playa, protegida por Montjuich del Jaloque y del Mediodía, sus vientos contrarios, armando naves y naves para cubrir las brechas que naufragios y conquistas abrían diariamente.

Surgieron las Indias, otros mares ocuparon el corazón y el cerebro de los hombres; el Mediterráneo y sus ciudades cargadas de recuerdos y trofeos fueron—en lo

que al mar atañe—recuerdos, viejas glorias...

Barcelona—esquilhada también por la guerra civil con Juan II—redujo su ritmo y afán marino; sus hombres perdieron la posesión de su mar "porque la dejaron, o cansados ya de velar o apagados de la paz, que pudo helar dos ardientes siglos de victorias de mar" (2).

Hubo un nuevo resurgir—en lo mercante sólo—en el siglo XIX, a los últimos rescoldos del Imperio. Pero eran en precario ambos después de Trafalgar. Cuando quisieron nos quitaron la tierra, y los bergantines y fragatas se fueron cayendo a pedazos varados en cualquier playón. La ciudad cerró los ojos, rezó con responso al mar y tiró monte arriba.

(1) "Crónica de la inclita y coronada ciudad de Valencia y de su Reyno" (Valencia, 1564).

(2) Pedro Abarca: "Los Reyes de Aragón"... Madrid, 1682).